

REVISTA DE LEVANTE

Redactor-Jefe:

V. CALVO-ACACIO

V. CALVO-ACACIO

CRÓNICA



El día 11 de los corrientes, á las nueve y media de la noche, falleció en nuestra ciudad el respetable Sr. D. Juan Guix y Lozano, propietario de la imprenta de la REVISTA DE LEVANTE. El Sr. Guix era el decano de los tipógrafos de Valencia, y ha fallecido á una edad avanzada, rodeado de sus hijos, nietos y biznietos, con la tranquilidad del justo y como un verdadero patriarca de su arte, asistido por sus laboriosos obreros, que como á padre le querían. *La Correspondencia de Valencia*, de la que era copropietario, y que es de fijo uno de los diarios de mejor información de nuestro reino, le debe casi por completo su larga vida y prosperidad.

Reciba su familia nuestro más sentido pésame, en especial el queridísimo amigo, notable periodista y ex-diputado Excmo. Sr. D. Francisco Peris Mencheta, hijo político del finado.



Son tan sugestivos los sucesos de esta quincena y tienen tal importancia para el estudio psicológico del pueblo español, que es indispensable, al menos esta vez, escribir una verdadera crónica, la obligada crónica de revistas y de periódicos, tal cual lo hacían nuestros antepasados de ayer (*perdonad la frase*) y como lo hacen los antepasados de hoy.

A falta de crímenes sensacionales y de catástrofes tremendas, han llenado nuestros rotativos sus columnas con las sesiones de Cortes, el desafío del infortunado marqués de Pickman, los motines de Bilbao, la protesta de los trasnochadores de Fornos, etc., etc.

Con todos estos *materiales* se habrán ahorrado mucho fósforo esos intrigantuelos del salón de Conferencias y de las mesas de redacción que han de escribir á diario su artículo contra el gobierno, sea el que fuere, sin ganas muchas veces, sin convicción algunas, prescindiendo de los altos ideales de justicia casi siempre. Por eso no es de extrañar que hallemos tantos artículos *de fondo* confusos, disparatados, hueros, contradictorios, apasio-

nados, ridículos y risibles, si es que á risa puede tomarse el atentado continuo á la educación, á la honra y al sentido común del pueblo español. Valiera más que muchos de nuestros articulistas se dedicaran á componer ó á copiar ramplonas coplas de ciego, en vez de convertirse en Quijotes de las malas causas y desfacedores de imaginarios entuertos.

¡Cuántas cuartillas podrían escribirse descubriendo los errores y la falta de lógica de muchos editoriales, verdaderas piquetas que destruyen la noble reputación del llamado cuarto poder! No comprendo cómo los escritores de merecida reputación, que estudian con serenidad y desinterés los acontecimientos, enmudecen ante la incomprensible veleidad y desorientación de la gran prensa. Cuando peligran entidades tan altas y tan necesarias como esa, cuando la indiferencia general ó el ridículo pueden menoscabar su importancia, la misma opinión, de quien aquella es mandataria, debe recordarle cuáles son sus fines y cuál es su misión, porque si de imparcial se vuelve apasionada con exceso, si de educadora en anárquica, si de veraz en falsa, si de espejo de la opinión en banderín de concupiscencias, si en vez de representar el espíritu nacional lo disfraza según su capricho..., no cumple con sus deberes, y por tanto hay que exigirle su cumplimiento. ¿Cómo? De una manera indirecta, luchando de continuo por los fueros de la verdad, y sobre todo, no abandonándose fácilmente á la letra de molde, á los artículos que dicen reflejar la común opinión, cuando las más de las veces no reflejan sino el particularísimo sentir de algún candidato á personaje.

Duro parecerá todo esto, pero no hay que olvidar que estamos los españoles en épocas de reconstitución y es muy preciso el cauterio de la verdad para que se curen viejas lacerías. Pero la verdad que resulte de la conciencia y de la experiencia, no la verdad aparente, forjada en la fragua de la pasión ó nacida de imaginaciones desequilibradas y pletóricas.

*
* *

Desde hace treinta años, cada vez que se abren las Cortes, vienen los periódicos doliéndose de la viciosa vida parlamentaria, condenan la inútil retórica por infecunda y vana, fustigan con sobrada razón esa chismografía risible del salón de Conferencias, peor mil veces que la del lavadero de pueblo grande con pretensiones de ciudad; censuran la política personal, así como la hipoteca del albedrío y de la convicción de los representantes del país. Y esos periódicos que están ahitos de echar en cara lo efímero de la vida parlamentaria y el escaso aprovechamiento de las sesiones, empujan, alientan, obligan á prescindir de todo ello cuando á los suyos se les retardan las dulzuras del poder ó les merman predicamento los gobernantes.

Por eso no tiene nada de extraño que cada ciudadano español sea como periódico viviente que dogmatiza á diario con la cordura de un filósofo, pero que al llegar la hora del sacrificio personal echa por la borda sus hidalgas discreciones, hasta ser capaz de todos los desplantes y de las mayores injusticias.

Las Cortes se han abierto pocas veces con tantos asuntos importantísimos que discutir; si cada representante del país tuviese conciencia de sus deberes, que son múltiples, difíciles y continuos, prescindirían por entero de los periódicos amigos y de los adversarios, casi siempre parciales ambos en sus juicios, y se dedicarían por sí al estudio concienzudo é imparcial de los proyectos de ley, no á su letra sino á su espíritu; de ese modo los diputados pondrían al servicio de los gobiernos inteligencias, no simples votos como salvo raras excepciones acontece, votos que por su inconciencia merecen equipararse á los que compran los caciques de menor cuantía por un puñado de pesetas.

Si muchos diputados de la Nación, no fiándose de ciertos rotativos, hubiesen meditado, por ejemplo, la ley del Descanso Dominical, llegando hasta la sana intención de los autores, tomando nota de las deficiencias, haciéndole cuantas enmiendas juzgasen pertinentes, no hubieran sufrido el bochorno de que la discreción, la inteligencia y la imparcialidad,

encarnadas en el Sr. Azcárate, abogasen por los fueros de la justicia y el prestigio del Parlamento.

No se ha dado en otro país del mundo el tristísimo espectáculo que aquí dieron algunos periódicos, no solo ridiculizando una ley en vigor, sino fomentando la rebelión contra la misma y su incumplimiento; una prensa que acoge los preceptos legales como los muchachos de villorrio el pregón de polichinelas, no tiene bastante autoridad para exigir á los gobiernos responsabilidades por su inacción, ni comedimientos para sí, cuando se discuten sus procederés. Porque la prensa no es una entidad indiscutible, inviolable, majestad abstracta, semi-diosa, que puede fulminar anatemas y recibir sahumeríos, descartándose del exámen y de la fiscalización universal como se ha llegado á suponer y á practicar, sino que representa la cultura, el alma, la capacidad del país, y claro es que, á mayores prerrogativas y altezas, deben exigirse más responsabilidades; nadie con tanto acierto como la prensa pudiera decir: *el Estado soy yo*.

¿Hubiesen ocurrido los vergonzosos sucesos de Fornos sin la sanción de ciertos periódicos? Los mismos que los aplaudieron, paladines de la costumbre, ponen continuamente á la ley sobre todas las cosas y también son los mismos que reclaman á diario, con urgencia, la extirpación pronta, radical, de ciertos vicios ingénitos del pueblo español.

Hasta Mariano de Cavia, el escritor impecable, de quien creo que es el primero, último y único en su género, padece ciertos días el mal de los rotativos y forma en las filas de los que se han empeñado en sostener á Maura en el poder á fuerza de combatirle naderías. Y podría llegar el caso de que el Presidente del Consejo trocara su afición á las frases por la de hacer refranes y nos echase en cara, no faltándole del todo razón para ello, que en tierra de ciegos...

Y ahora, no vayan á dar los maliciosos en la vulgaridad tan genuinamente española de incluirme en el censo del partido maurista, porque condeno desinteresada y sinceramente los trapiés que por malquerencia al Sr. Maura

dá buena parte de la prensa periódica; no, mi pluma, gracias á Dios (lo digo aquí de una vez para siempre), está libre de compromisos políticos; por tanto, puedo asegurar que mis juicios podrán ser vulgares, erróneos, superficiales, pero jamás apasionados, y esto ya es bastante para los tiempos que corremos.

*
* *

Por eso puedo decir con entera libertad, que con el triste motivo de la cruel muerte del marqués de Pickman, han recobrado muchos... intelectuales el sentido común. Y es que en esta pobre tierra del quijotismo, soñamos, soñamos hasta que la realidad nos despierta.

Vivimos en plena ficción, somos niños grandes que bebemos cerveza, porque la beben los hombres, pero la embriaguez viene á demostrar nuestra equivocación, y reputamos luego el agua como lo más saludable y conveniente.

Por toser delante de otro sin cubrirse la boca, se nos mandan padrinos; si por descuido suprime un diputado el señoría dirigiéndose á otro, se exige reparación inmediata; de manera que, en pleno siglo XX, si no llevamos al cinto la espada como nuestros antepasados, al menos es de necesidad saber manejarla; de lo contrario, ni hay derecho á tener honra, ni á llamarse caballero, ni siquiera hombre. Los espadachines han compuesto un código del honor, y ¡ay! de quien no se rija por él: la prensa publicará cuantos insultos se dirijan al que no quiera batirse porque no no sabe, y le *descalificará* enseguida.

Pero hé aquí que un hombre serio, enemigo de los simulacros, ofendido gravemente, quiere batirse de veras y tiene la fatalidad de matar á quien pudo matarle; entonces, cubriéndose la prensa y el público hipócritamente con cendales luctuosos, califican de salvaje y bárbaro el duelo, piden la destitución de las autoridades que no lo evitaron, acusan de cómplices ó de imbéciles á los padrinos y no llaman asesino al matador quizá por cobardía. Quieren renunciar á la cerveza porque, si bien es de hombres..., marea.

No vayamos con distingos ni logomaquias:

el duelo ha sido, es y será siempre una bestialidad, un absurdo, una villanía. Concertado en condiciones leves, de absoluta integridad personal, es una farsa impropia de hombres y de caballeros; si en condiciones graves, un crimen de lesa humanidad.

Por eso, en mi humilde concepto, la sangre del simpático marqués de Pickman no caerá, no puede caer sobre el desgraciado matador, ni llegarán sus salpicaduras á los que sirvieron de padrinos; caerá toda entera, á chorro, sobre las generaciones que no condenaron anacronismo semejante, sobre los jaleadores de tal monstruosidad y sobre los que sancionan la tremenda injusticia de que unos se rijan por el código del honor, y otros, los desheredados de la fortuna, por el Código Penal.

Ley, ecuanimidad, desprecio, perdón, esas han de ser las armas del hombre civilizado ante los agravios, y si parecen esas armas ineficaces, que los tribunales de honor absuelvan ó condenen, den la razón ó la quiten, honren ó denigren, y cuando la sangre bulle y la ofensa duele, resulta preferible reñir como golfos á matarse como caballeros.

Ya sé que al escribir estos mis pareceres habré incurrido en excomunión mayor para ciertos magnos sacerdotes que rinden culto á los modernos *juicios de Dios*, pero la recibiré con tanto gusto, como por no creer en los endemoniados, ni en las brujas recibiría los anatemas de las buenas gentes medioevales.

¡Cuántos escritores suscribirían mis ideas respecto al duelo, si no estuviese desterrada de España la sinceridad!

LITERATURA EXTRANJERA

J. WILKINS

EL EDÉN RE-
COBRADO

Acababa de morir Adán lleno de días y de siglos; había vivido 930 años. Sus hijos y nietos multiplicáronse. Los unos cultivaban el suelo, los otros pastoreaban sus rebaños nómadas y algunos de ellos eran cazadores.

Tubal-Caín, el herrero, les había enseñado á todos el arte de fundir y acrisolar los metales. La raza humana comenzaba á reinar sobre la tierra.

Cuando Adán murió, sus hijos cavaron una inmensa fosa. Allí depositaron al primero de los humanos, llevando cada uno una piedra para el sepulcro. Sobre la pirámide que se formó, elevóse más tarde la torre de Babel.

Eva sobrevivió, fuerte aún, bajo el peso de los años, que no habían podido rebajar su estatura prodigiosa de mujer primitiva. La vejez revistiérala de una majestad indecible.

Hijos, nietos, biznietos, todos la veneraban y temblaban ante ella. Se la llamaba la Profetisa, la Madre de los hombres, la Hija de Dios. Era la reina de los antiguos días, de los primeros días pasados sobre la tierra. Doce nietos de Tubal-Caín abrían con sus hachas paso á su carro en los viajes por los bosques; doce guerreros, hijos de Jafet, marchaban á su lado con lanzas para defenderla contra los ataques de los lobos; otros doce, de la familia de Set, cerraban la marcha, portadores de su tienda y de la de las jóvenes consagradas á su servicio.

Entre estas virgenes, la más grata á Eva era Mehamah, la nieta de Abel. Eva la amaba por su dulzura y por su parecido con su segundo hijo. El candor de Mehamah y su charla infantil le agradaban extraordinariamente, y ella amaba á su abuela con veneración.

Después de la muerte de Adán, su familia iba esparciéndose al azar por la tierra; parábase donde el clima era más dulce, el sol más fecundante y los pastos más abundosos. Una mañana llegaron á un campo, donde fueron acogidos por unos exploradores con cierto tumulto. Isad, el jefe de ellos, pidió hablar con la Reina.—Que entre—dijo Eva, y el joven guerrero, prosternándose, dijo así:

—¡Oh, hija de Eloim! Como tu pueblo se ha equivocado en su camino es imposible avanzar. A la derecha hay un río invadeable, á la izquierda otro más caudaloso aún, y ante nosotros un bosque enmarañado y profundo. ¿Qué hacer? ¿Hemos de acampar aquí ó volver atrás? El pueblo está dividido é indeciso,

ve en esto un prodigio. Habla, ¡oh, Reina! A tu prudencia toca decidir.

—Que se prepare mi carro—contestó Eva.

Vistióse una coraza de oro fino, sobre la cual tendió una piel de leopardo; Mehamah alisó sobre la frente sus espesos cabellos blancos en forma de diadema para defenderla del sol; anudó sus sandalias, y después de haberla ayudado á su carro, tirado por dos antílopes, se sentó á su lado y tomó las riendas.

Eva partió así, acompañada de su escolta ordinaria y seguida de una parte de su pueblo.

A medida que avanzaba, los ojos de Eva recorrían la comarca con más vivacidad; una agitación secreta parecía apoderarse de ella, y Mehamah vió con sorpresa, mezclada de terror, huellas de una emoción inusitada marcarse en la frente majestuosa de su abuela.

—¿Qué cuidado os agita? ¿Por qué vuestra alma se vé así turbada?

—Te lo diré, hija mía; es que reconozco estos lugares. Aquí vine al mundo; bajemos, quiero penetrar en el bosque sola contigo.

Descendió de su carro, y llamando á Isad le mandó que abriese un sendero en el espeso bosque hasta un lago que en medio de él resplandecía como un escudo argentino. Caminó sola con su nieta por el sendero trazado, en un penoso silencio.

Al llegar á los bordes del lago, junto al agua límpida, Eva se sentó y se echó á llorar. ¿De dónde venían estas lágrimas? ¿Era el recuerdo del pasado ó el temor de lo porvenir?

Mehamah se había sentado á sus piés en la hierba verde y fresca sin osar siquiera mirarla. A la parte más allá del lago se abría un jardín de delicias con árboles inmensos y flores extrañas. Eva se había arrodillado, y en tono de rezo, decía:

—¡Oh, Eloim! Tú eres quien aquí me has conducido. Reconozco en todo esto tu mano poderosa. En el instante en que debo salir de este mundo como Adán, y como él volver á la tierra de que nos has formado, y al terminar mis días, ¡oh, Eloim! te pido para mis hijos la bendición y que ninguno de ellos me culpe por haber abandonado tu Edén.

—¿Es este el Edén?—preguntó Mehamah á media voz.

—Si, este es—le respondió la abuela.—Al borde de este lago, bajo estos árboles, sobre éste césped esmaltado de flores, me desperté un día al lado de Adán, admirada de los esplendores que Eloim ha creado y en la embriaguez de una dicha inefable. Adán me hizo adorar al Eterno nuestro Padre y me nombró todo lo que anda, vuela ó nada: los árboles, las plantas y las flores. Una vida celestial comenzó para mí. ¿Cuánto tiempo duró esta felicidad en este lugar de delicias? Sólo el sol que mide los días podría decirlo. Andando los años se apoderó de mí una languidez que me dejaba indiferente á esta felicidad siempre igual. Adán sufría del mismo tedio. Vagos deseos se elevaban en nuestra alma. No era ya la dicha inocente y tranquila de los primeros tiempos. Un día estábamos sentados ambos á la orilla del Eufrates; el caudaloso río dejaba correr ante nosotros sus ondas tranquilas, y muy lejos, á la otra orilla, se divisaban montañas azules. Adán me dijo entonces: ¿Dónde pararán estas olas que incesantemente se suceden? Corren, corren y parecen ir hacia el mismo fin. ¿Cuál es este fin invisible? La tierra es inmensa. ¿Por qué estamos así confinados en el Edén? Todas estas palabras eran mis pensamientos mismos. ¿Qué se verá desde lo alto de esas cumbres? ¿Habrán otros Edenes? ¿Estarán también habitados? ¿Por qué Eloim puso límites á nuestra curiosidad? En aquel momento y súbitamente, un soplo poderoso que pasó sobre nuestras cabezas hendió los aires. Era la misma voz de Eloim que decía: ¿De dónde nacen esos varios deseos? ¿No sois dichosos? ¿Qué os falta? Hablad. Adán respondió: ¡Oh, Eterno! no nos juzgues ingratos. Somos felices y estamos reconocidos á esta felicidad; pero no nos basta. Gustaríamos de ver, de saber y de trabajar. No rechaces nuestra plegaria, déjanos salir del Edén.

—A mí también, ¡oh, Eloim!, me falta algo. Un gran bien que tú has concedido liberalmente á todas las demás mujeres; tienen hijos, les dan á luz, los nutren, los acarician.

¿Hay mayor felicidad sobre la tierra que llevar en las entrañas un hijo?

Prosternados con la frente en el pecho, esperábamos angustiosamente el secreto que había de fijar nuestro destino. Levantáos—dijo por fin Eloim,—vuestros votos serán cumplidos; pero sabed á qué precio:

—Tu, Adán, trabajarás en la tierra con el sudor de tu frente.

—Tú, Eva, parirás en el dolor y todos conoceréis la muerte. Aún es tiempo: escoged entre la libertad que soñais y la dicha que os he dado. Y escogimos... Así fué, ¡oh, Mehamah! como tus primeros padres salieron del Edén.

Eva calló. La niña la había escuchado en silencio, profundamente asombrada. Parecía no poder recobrar el sentido. Recordaba las historias de su nodriza, la de la serpiente astuta y el árbol de la Ciencia, de los querubines en nubes de arrebol y del destierro merecido; toda esa historia ingénuo y poética de los desterrados.

Cuando alzó la vista para fijarla en su abuela, notó con sorpresa la alteración de su rostro blanco y transparente ahora y la mirada más nublada.

—Mehamah —dijo la Reina,— levántate, hija mía, ve y coge esos asfodelos que divisó allá lejos, á orillas del agua; hay con ellos una guirnalda, y tráemela acá.—Mehamah obedeció.

Al quedar sola Eva, alzó los ojos al cielo y comenzó esta plegaria: ¡Oh, Eloim! Siento que es llegada mi hora y que mis ojos van á cerrarse para siempre. Hágase tu voluntad. Estoy hastiada de la vida y aspiro al reposo del sueño eterno. Acógeme en tu seno y haz que encuentre allí á los que he amado; al esposo que me diste y á mi querido Abel. Sé siempre un padre para mis hijos y para mi pueblo, que es el tuyo, y permite á tu sierva que por última vez te bendiga.

Apenas había concluido Eva su oración cuando Mehamah volvió con la guirnalda de flores, que colocó sobre las rodillas de la Reina.

—Está bien—dijo ésta;—ahora siento que

voy á dormir. Puedes dejarme: retorna al campo, dí á Isad que me prepare un lecho de hoja para que puedan llevarme á mi tienda. Anda, hija mía, obedece como siempre.

Mehamah se alejó apenada y con el corazón oprimido, y cuando volvió con Isad, Eva dormía, en efecto, el sueño eterno. Se la sepultó al borde del lago. Durante mucho tiempo fué el lugar sagrado de peregrinaciones. Luego vino el diluvio, que cambió la faz de la tierra, y hoy ya nadie sabe ni dónde estuvo el Edén ni dónde la tumba de Eva, tan amada de Mehamah.

SALVADOR RUEDA

SOBRE EL AT-

LÁNTICO

IMPROVISACIÓN

Sobre el lecho de gigante
donde ruges poderoso,
otra vez miro rodando
por tu cuerpo de coloso,
las borrascas de tus bucles
cual magnífico raudal:

aún agitas, mar, los bordes
de tus círculos extensos,
desde el día en que arrojaron
tus omóplatos inmensos
á tu fondo, el roto mundo
de la Atlántida inmortal.

*
* *

Aún las puestas de Calvario
que al morir fingen tus soles,
van tendiendo por tus aguas
dolorosos tornasoles,
como trémulos sudarios
de aquel mundo que expiró;

y en tus aguas al mecerse
los crepúsculos dorados,
te salpican como ríos
por la luz ensangrentados,
en señal del cataclismo
que en tu piélago tembló.

*
* *

¡Oh, mar trágico! ¿Qué hiciste
del hervir de cien ciudades?
¿Cómo fué que, entre el estruendo
de tus broncas tempestades,
sepultaste tantas vidas
con tu cólera infernal?

¿Fuiste, acaso, el arma enorme
de una altísima sentencia?
¿Fuiste sólo el gran verdugo
de la suma Omnipotencia,
confiada al estallido
de tu fuerza universal?

*
* *

Como un pueblo fué arrojado
en el fondo del Mar Muerto,
sumergida fué la Atlántida
en tu líquido desierto,
con sus gentes, con sus dioses,
con sus templos en montón;

y al rechoque tremebundo
de tus olas singulares,
salpicáronse los cielos
con tu espuma hecha palmares,
retumbando los dos polos
á la horrisona explosión.

*
* *

Con sus armas y sus hombres
perecieron los cuarteles;
con su náutica y su ciencia
fenecieron los bajeles;
el progreso replegóse
como lánguido sauz;

y del ángel de la muerte
al batir las alas huecas,
derrumbáronse tronando
las grandiosas bibliotecas
hasta el fondo de lo eterno,
como Niágaras de luz.

*
* *

De su tierra fecundante
la virtud maravillosa,
por el Padre Sol preñada
de una raza milagrosa,
de una raza de semillas
de un modelo peculiar,

cual ovario portentoso
derrocóse á lo profundo,
y quedóse cercenada
la triunfal matriz del mundo,
sin los hijos vegetales
de su flora singular.

*
* *

Los jardines opulentos
coronados de alegría,
donde tuvo en qué tenderse,
deslumbrante y rubio el día,
de los trémulos estambres
y pistilos al amor,

desgarraron como lienzos
sus magníficos cendales,
y al escándalo rotundo
de tus ondas musicales,
desplomáronse á tu fondo
como ríos de color.

*
* *

Y á compás que una se hundía
capital vertiginosa,
de otra allá ronca tronaba
la explosión ruda y grandiosa
al tragársela girando
la vorágine brutal;

y ciudades tras ciudades,
en un impetu iracundo,
desquiciáronse lo mismo
que si á un golpe tremebundo
se rompiera la gigante
rotación universal.

*
* *

¡Grande Atlántida caída
bajo el peso de los mares,
con tus héroes y tus glorias,
con tus ídolos y altares;
aún te envuelve de las olas
el rizado y amplio tul;

y en la calma de tus noches,
de la brisa entre los giros,
aún parece que á mí llegan
las plegarias y suspiros
que derramas en el fondo
de tu inmensa tumba azul!

*
* *

A millones palpitando
van las vívidas estrellas
por el fondo del sarcófago,
y mirar supongo en ellas
tus espíritus ¡Oh, Atlántida!
que aún se agitan de dolor;
de doncellas y de ancianos,
y de niños y de esposas,
esas son las almas puras
que nos miran misteriosas,
sollozando prisioneras
bajo el velo temblador.

*
* *

Si un dios fuese, hasta la Atlántida
mis dos brazos hundiría,
y sacándola de nuevo
á la inmensa luz del día,
la pusiera de los mares
sobre el plinto de cristal;
y al mirar el Orbe todo
resurgir el Continente
como un mundo que brotara
de las olas de repente,
se aclamara su victoria
con un grito universal.

EDUARDO GUILLAR

LA ESCUELA

La más grave enfermedad de nuestro pueblo es la ignorancia. Contra ella no hay más recurso que lo que pedía Gœthe al morir: *más luz, más luz*; y esta se adquiere en la escuela, plantel que ha de convertirse mañana en vegetal robusto que dé frutos sazonados para el progreso, semillero de almas y generador del espíritu universal, el más humilde de los centros docentes, pero en él se forman los pueblos ricos, grandes, poderosos, tomando elementos de la vida industrial y colectiva, preparándose convenientemente en los principios pedagógicos modernos.

Todo hombre y toda sociedad puede decir estas palabras: «pienso y obro, siento y amo lo que me hicieron sentir y amar los agentes

educadores, la Naturaleza, la familia, la escuela, el medio circundante.»

De aquí la gran importancia de la educación general, en la cual hay que buscar la génesis de todas las cuestiones; de aquí el valor inmenso de la escuela, dotada de numerosos medios de educación; donde se atiende á la perfección de los individuos y á la reorganización de las razas; donde se desarrolla el sentimiento progresivo, libre de la rutina; en fin, donde recibe cultivo el amor al saber y al trabajo.

La escuela es una sociedad pequeña en donde tienen origen los sentimientos humanitarios que constituyen el amor fraternal. En ella, á la par que el maestro instruye al niño en los conocimientos de la Física, Geografía, Aritmética, Moral, etc., etc., le enseña á amar á sus semejantes y á lavarse la cara para inculcarle á un tiempo el horror á las impurezas del espíritu y del cuerpo. El maestro es el capitán que le conduce á la victoria en la lucha del adelanto; educa su voluntad, ya que es la fuerza que impulsa y dirige todos sus actos.

La rigidez en la educación mata ó tuerce la voluntad de aquel que posee cierta firmeza de carácter, iniciativas ó ideas propias. El que duda de sí mismo más de lo debido, está condenado de antemano á los fracasos; el temor de equivocarse le ciega y le paraliza; por lo mismo que se cree incapaz de comprender, llega á serlo realmente.

Anúlese de hecho la vulgar frase de «la letra con sangre entra», suprimiendo en absoluto el castigo de los niños. Los padres de éstos, salvo contadas excepciones, quieren que la escuela sea, no un lugar de educación y enseñanza, sino una especie de presidio correccional, en el que pretenden pasen sus hijos cuantas más horas mejor, sujetos á ocupaciones sedentarias y disciplinas severas, que debilitan el organismo y embrutece el cerebro. La escuela no es establecimiento correccional, es templo augusto del saber, y no se sabe si el cuerpo no se desarrolla y robustece, toda vez que el desarrollo físico lleva aparejado el intelectual.

Castigar al niño, y no racionalmente, cuando el maestro se encoleriza, no corrige, irrita y hace que éste pierda la influencia moral. Los golpes excesivos é injustos llenan de malicia el corazón del alumno por el impotente despecho que producen, y se consigue, con el dolor que causau, engendrar odios y rencores ó hacer idiotas.

Amemos la instrucción, base de nuestra felicidad, y aportemos nuestra piedrecita para el levantamiento del edificio del progreso humano, poniendo nuestras voluntades en el empeño de derribar con valiente decisión los viejos muros de las escuelas rutinarias, para que con esfuerzos regeneradores se entierre la maldecida ignorancia.

Dignifiquemos la escuela, donde se elabore una cultura que sea amor en la sociedad, producción en el taller, en la fábrica y en la mina, progreso y justicia en la nación.

MARIO DE ALBA

CAPÍTULO DE
NOVELA

(Conclusión)

Llegó á la población una compañía de zarzuela, y como era preciso, Santafaz se abonó á uno de los palcos que á prorrata tomaban los pollos. Era primera tiple la Muñiz, que cantaba las *soleares* y las *malagueñas* como el mismo Dios, según frase de Cuadrado, que atribuía tales habilidades flamencas al Creador de todas las cosas. Arcadio comenzó á tontear con ella y á visitarla en el cuarto, y de este tonto resultó que una noche y á la salida del teatro estaba dispuesta en la puerta del Moro uno galerita que se llevó á Arcadio y á la Muñiz lejos, muy lejos... al huerto de Santafaz, en cuya casa de campo cayó rendida la manoseada belleza en los brazos de su admirador, tras una cena de jamón curado, queso manchego y salchichón de Vich, báquicamente regada con la sangre de un tonel de «mistela». Mas, ¡ay! todo se supo. Doña Margarita endilgó á su hijo la «peluca» más

tremenda que oyeran tres siglos atrás los pages y escuderos de sus mayores; se habló en el Casino tres noches seguidas de aquella calaverada; varios pollos invitaron á la Muñiz, que les mandó á paseo, y hasta las señoritas más puras y castas comentaron los detalles de la «juerga» y no dejaron de aconsejar á Rosario que rompiera las relaciones..., muchas con el ánimo deliberado de heredarla.

Y hubo que romper, porque el escándalo fué tremendo.

Volvió Arcadio á Madrid todos los años, hasta que la penuria de la casa y las malas cosechas de los huertos impidieron al ilustre joven continuar su vida de crápula en la Corte, y ahora volvía cansado y enfermizo, deseoso casi de vegetar allí junto al naranjal, entre los claveles y rosas que tanto echaba de menos en la fonda madrileña, junto á aquellas mujeres incitantes y encantadoras. Al volver al pueblo le acometió el fastidio. Era cuestión de acostumbrarse.

Había terminado el discurso, y un ruido atroz y discordante subía por el buque de la escalera. Era la música que rugía y bramaba interpretando la *marcha turca* de Mozart. Jamás el divino maestro que soñó las inmortales armonías de *Don Juan* vióse tan maltrecho y asendereado; á gozar de la vida, hubiera disuelto á puntapiés con sus zapatos de dorada hebilla la insolente murga, rompiendo la batuta en la cabeza del director. En el salón respiraba la multitud con delicia, tras la descarga de tropos hipálages, metonimias, metáforas, eufemismos y demás zarandajas del señor de Borja; algunos socios se diseminaban fumando por los pasillos, prometiéndose volver para oír los versos de Manolo Ruiz López, que sufría en aquel momento angustias indecibles.

Ni la unción salió también al corredor precipitadamente y abandonó el Casino rápido como el rayo. Era médico y habia de cumplir con su deber; le llamaban de casa de un cliente á quien dolía mucho la cabeza, y fiel á su costumbre, desempedrabá las calles corriendo. De ahí el apodo que le puso *Dinamita*, *Ni la unción*. Esto es, el enfermo está tan grave;

que no alcanza los Sacramentos. El apodo hizo fortuna y el buen Perico Bonhora quedó bautizado *per in sécula* sin sospecharlo jamás.

Una voz temblorosa y opaca salió del salón, recitando una quintilla llena de ojos y enojos, labios y agravios, que hizo saltar en su asiento á *Dinamita*. Estos versos iban dirigidos á la señorita F. M., ó sea Florita Medina, ruborosa y trémula por la emoción al escuchar los ditirambos del vate. Se propuso de todo corazón amar á Manolo, aunque fuese á furto de sus padres, que no entendían de bromas sabedores de la penuria del émulo de Apolo.

Tocaba la sesión á su fin cuando Benigno Bueno se despidió de Arcadio. No quería quedarse al *lunch*, al que estaba invitado como director de periódico. Le encoraban todos aquellos necios y tontas. Además, ¿qué dirían las masas populares, si el defensor del socialismo, un libertario casi, comía emparedados con los burgueses?

—Mañana nos vamos al huerto—le dijo Arcadio.—Lo ha dispuesto así mi madre.

—¿Para mucho tiempo?

—Toda la primavera probablemente. Ven á vernos.

—Si puedo, iré. Que te pruebe la flor de azahar.

—Gracias, chico.

La gente abandonaba el salón poco á poco, con las caras rojas por el calor, bulliciosos los jóvenes y soñolientos los viejos. Eran las doce y media; un vals alemán con obligado de saxofón, pieza final del horrisono concierto, atronaba los oídos. Arcadio dudó si marcharse á dormir, pero una idea le detuvo; era posible que el notario y señora fueran de los invitados al refresco.

Bueno, y á mí ¿qué me importa?, se decía para tranquilizar unos pensamientos revoltosos que le asaltaban toda la noche, uniéndose á sus recuerdos con obstinación malsana. ¿Qué tengo yo que ver con que vayan ó no? Sin embargo, no se decidía á bajar la escalera y permanecía en pié junto al cortinón de terciopelo rojo que descansaba, con grandes pliegues, en el piso, hasta que el secretario Cuadrado se llegó á él y le asió del brazo rápidamente.

—Venga V. á tomar un dulce.

—Hombre, no sé si debo...

—Somos de confianza todos.

—Ya lo sé, pero no obstante...

No hubo medio de resistirse y Arcadio entró en la sala del billar, convertida en *dining-room* por obra y gracia de la Junta directiva. Se habían retirado los trebejos del juego, no sin dificultades, y la fonda de Paco ó de la Estrella instaló una muy larga mesa, cubierta por finísimos manteles, y sobre la cual, grandes canastillos de *sandwichs*, de dulces y de frutas ocupaban el centro; hervían el té y el café en sus abollados recipientes de plata Meneses; sorbetes de mantecado y fresa y quesos helados esperaban con sus agudas puntas enhiestas ó sus caprichosas figurillas á tener el honor de ser besados por los labios de rosa de las damas que llegaban poco á poco. Allí estaba toda la crema. Loreto Albert, la hija del presidente, fué conducida por el Alcalde; Florita Medina, por el poeta de las quintillas; Urquijo, que durante la sesión había permanecido en secretaría fumándose una breva y hablando con un cura que llegó tarde, daba el brazo á una de las «institutrices», y D. Crisanto, el orador elocuente que había hablado de «la influencia de la mujer en la sociedad», entraba, colorado como un pavo, erguido como un granadero, conduciendo á la notaria Rosarito Flores, que reprimía la risa escuchando los conceptuosos chicleos del grande hombre.

Arcadio la contempló con atención; un rubor casi imperceptible coloreó su rostro de Cristo rubio, al par que sus labios temblaban ligeramente. Estaba muy hermosa la tal Rosarito; se había «hecho mujer» en aquellos dos años; alta, bien formada, con todas las exuberancias de la hembra en la plenitud de la vida cuando se han cumplido los veinticinco años sin que los partos ni el embarazo destruyan lentamente la belleza. Poco había variado su cara: únicamente los ojos claros y serenos se habían rodeado de un tinte ligeramente azul que duplicada su brillo y que pudiera ser indicio de mal contenidos deseos, no saciados entre los brazos de un hombre

caduco. Vestía de seda color de ladrillo y la falda lisa y sin pliegues caía sobre sus zapatitos brillantes; el talle, rodeado de blondas hasta el pecho, se ostentaba fuerte y robusto sin delgadeces de figurín ni apreturas molestas, y el cuello, aquel cuello blanco que Santafaz quiso besar *in illo tempore*, rodeábalo una sarta de perlas redondas y lascivas, menos blancas que él; admirablemente peinados sus cabellos, arrancaban de la nuca en dorados ricillos, que mareaban á D. Crisanto de Borja, en pié tras ella y sirviéndole Jerez en una copa de cristal verde.

D. Crisanto era incapaz de enamorar á una casada pecaminosamente, pero eso sí, dirigirle los más alambicados piropos y quintaesenciadas galanterías, era la felicidad mayor que se procuraba en noches como aquella. Al cantar las glorias de la perfecta casada en su campanudo discurso, dirigió á la del notario miradas incandescentes y notó que Rosario las correspondía sonriendo, mientras Carola, la del coronel, se reía descaradamente en sus barbas. ¡Aquella andaluza era una descaradota! D. Crisanto despreciaba sus burlas prometiéndose soltarle una fresca ó dos si continuaba la bromita en el comedor, pero la militar no se ocupaba de él en aquel momento, galantemente obsequiada por Valero el «vice» y un concejal pesado y grosero que balbuceaba con turbación al ofrecerle dulces con sus manos ya pringosas.

El champaña helado desató las lenguas. Rieron las señoras con alguna más confianza y los hombres alzaron el diapason de la voz. Arcadio había tomado un pastelillo de jamón que le ofreciera Virtudes Medina, la desdenada Eloisa sin Abelardo alguno que tuviera el valor de «declararse»; bebió luego dos copas del detestable Champaña, que le sirvió el secretario una tras otra, y se sintió con más valor; sólo pensó en acercarse á la de Urquijo, mareada ya por las flores de trapo de don Crisanto, pero ¿cómo hablaría si no habían cruzado palabra desde su ruptura por lo de la cómica?

D. Melchor, que había dejado su pareja y continuaba charlando con el capellán de las

monjas, su contertulio, pasó por detrás de su mujer y de Borja y se acercó al grupo que formaban Santafaz y el secretario.

—¡Hola! Siempre quedará una copa de Champaña para unos amigos, ¿eh?

—Y una botella también.

Se habían tratado muy poco Urquijo y Santafaz.

Clavado á su bufete y teniendo como notario la primera clientela de Benimuza, un trabajo abrumador le impedía ser el hombre de sociedad, que era su sueño dorado. No visitaba á muchas personas en el pueblo, y durante la vida de sus dos difuntas sólo pensó en acaparar dinero para procurarse buena vejez, ya que el Señor no le había concedido hijos. Al casarse con Rosario entró en su casa una savia nueva, y teniendo mujer joven y bonita, tuvo la vanidad de quererla exhibir cubierta de sedas y de oro, remozar sus cincuenta y cinco años en casa nueva, en nuevas posesiones, y buscó un abogadillo á sueldo para encargarle de la notaría. No había visitado nunca á doña Margarita la de Santafaz, señora respetable que no se dejaba fácilmente abordar por unos y por otros. En el campo era más condescendiente, pero no solía devolver las visitas. Arcadio no trató á D. Melchor sino cuando su madre tuvo que hipotecar algo y el día solemne del testamento. Le era el viejo indiferente, como otros muchos, pero le tomó gran ojeriza cuando su madre le contó lo de la boda con Rosarito.

—Parece que van á ser ustedes vecinos,—dijo el capellán dirigiéndose á Arcadio, entre dos sorbitos de fresquísimo vino dorado.

—En efecto —añadió D. Melchor,—ya tendremos el gusto de ofrecernos á su señora mamá.

Santafaz se quedó parado. Aquello era un tiro. ¿Vecinos? ¿Por qué artimañas del diablo iba á tenerla cerca?

—Tendremos mucho gusto, pero no comprendo del todo ..

—He comprado hace ocho días la casa y el huerto del Mogentino; se vendía para pago de deudas de la testamentaria. No me resultó caro, pero hay que arreglar aquello un poco,

Arcadio veía visiones. El huerto del Mo-
gentino, el del chalet parecido á una «villa»,
separado sólo del suyo por cien pasos de ca-
mino vecinal. Tan cerca. ¡Y además, la visita
prometida! ¡El pretexto para entrar y salir
en la casa! Murmuró algunos cumplimientos
sin saber lo que decía.

El calor era ya sofocante en tan estrecho
recinto. Algunas señoras se quejaron, sin
atribuir á los vinos y licores aquel ardor de
la sangre. Abriéronse las tres grandes ventan-
as que daban á la alameda sombría, por entre
cuyo ramaje distinguíanse á lo lejos los
huertos de naranjos y las casas de campo de
la llanura, bajo un rayo de luna tibia y pla-
teada. Una ola de aire fresco, perfumada por
el azahar y los tempranos claveles, penetró
en el salón y oreó las frentes ardorosas.

Rosario, cansada del palique de D. Crisan-
to, se levantó por fin. Habíanlo hecho ya mu-
chas señoras y señoritas que, con el platillo
del helado entre manos, charlaban á más y
mejor con los hombres en el hueco de las
ventanas. La más feliz de todas era sin duda
Florita Medina, que escuchaba una declara-
ción de amor apasionada y ardorosa de labios
del poeta, y ruborizada por el placer y la
emoción, destruía con la cucharilla, sin comer-
lo, un quesito helado en forma de turco pan-
zudo.

La de Urquijo se acercó al grupo de los
cuatro interlocutores. Arcadio la vió venir y
esperó á plomo, disimulando su emoción todo
lo posible.

—Melchor, es tarde. Cuando quieras.

—Estaba participando nuestra compra á
estos caballeros; ya tienen un sitio más para
ir de gira cuando gusten.

Santafaz saludó profundamente á la del
notario. Después tendió la mano lleno de valor
y preguntó:

—¿Cómo está usted?

—Bien: ¿y usted, Arcadito?—contestó Ro-
sario con los ojos alegres y decidores y una
sonrisa que más parecía de lástima ó desprec-
cio que de cordialidad. Arcadio sintió lo del
diminutivo y la sonrisa. Le había llamado
«Arcadito», lo que nunca hizo siendo novios,

pero no en tono cariñoso, sino compasivo, casi
protector, como el de una señora formal que se
dirige á un mequetrefe, á un chiquillo que no
inspira temor ni puede inspirarlo; esto era lo
cierto, no había que hacerse ilusiones.

Un instante después el matrimonio había
salido del saloncillo.

Santafaz se asomó á una ventana.

La gran alameda con sus andenes espolvo-
reados de arena gruesa y sus altos chopos
rectilíneos y blancuzcos extendiase á lo largo
silenciosa y tranquila. El «parterre», á lo
lejos, dibujaba sus macizos á la inglesa, como
manchas de un verde oscuro sobre el fondo
gris de la tierra y salpicadas por las flores
que esperaban el día. Los bancos de madera
desiertos, los grandes tiestos anfóricos carga-
dos de piteras y la fuente central, todo
bañado por el fulgor de plata de las estre-
llas, ofreciase á la vista fatigada del joven...
A lo lejos, sobre las montañas negruzcas,
distinguíase una faja blanquecina de matiz
lechoso: el día que llegaba. Arcadio apoyó el
codo en el antepecho y se dejó bañar la frente
abrasada por el aire fresco del amanecer.

ENRIQUE FERRÉ

LOS GOLFOS

La Esplanada, el mejor de los paseos de
Alicante y uno de los más artísticos de Espa-
ña, formado por esbeltas palmeras correcta-
mente alineadas á la orilla misma del mar,
hallábase sumergida en la obscuridad.

Los arcos voltáicos y las múltiples luceci-
llas de gas que iluminaban los andenes duran-
te la verbena, ya habían sido apagados.

El desfile de la gente se había realizado una
hora antes, y sólo se veían algunos trasnochadores
que aspiraban el húmedo y halagador
ambiente, retardando el momento de acostarse
y de sudar.

Paseaba yo por el andén más próximo al
mar, contemplando con el embobamiento que
caracteriza á los botijistas el murmullo de las
azuladas aguas al rozar suavemente las bor-
das de las embarcaciones y los muros del mue-

POEMAS ECLE-
SIÁSTICOS

I

De remotos paseos solitarios,
donde van á llorar los curas jóvenes,
acaso tu algún día
las sendas melancólicas recorres.
Allí los hospicianos
sus vergüenzas esconden;
allí es donde los tristes colegiales,
recuerdan, paseando, sus amores
—un beso en estivales romerías
entre el ramaje oscuro de los robles,
una carta trocada en un crepúsculo
de Mayo, cuando se abren los balcones,
quizás una mirada acariciante
en suaves y eclesiásticas funciones,—
y maldicen los largos dormitorios,
los claustros, los horrendos corredores.
Allí es donde meditan
los poetas precoces,
aislados de la gente, rebuscando
alguna rima desatada y pobre.
Allí donde, las tardes de domingo,
los clérigos tristonos
van refrenando sus nostalgias íntimas,
que tú desprecias porque no conoces.
Aquel es el paraje retirado
donde van los humildes, los deformes,
los tétricos enfermos que se alivian
y los convalecientes. Allí es donde,
sobre los bancos de gastada piedra,
devoran sus dolores,
mirando á los felices con envidia,
los blancos paralíticos, inmóviles.

Tú pasas con tus tías. Vas de negro
y brillan tus dos ojos soñadores
en tu semblante pálido, que agracia
la mantilla de blondas... ¿Reconoces,
altiva soberana de hermosura,
las miserias que ocultan esos hombres
en el lánguido tedio
que su espíritu roe,
y que asoma á sus ojos, si los alzan

lle, el pausado bogar de un pobre barquero
que iba á fondear su bote, extasiándome en la
majestad de aquella noche de verano, apacible
hasta la sugestión...

Me dirijí á un banco de piedra, y al llegar
á él, lo ví ocupado por dos *golfos* que dormían
abrazados, que quizá soñaban. Reflejaban en
su rostro una gran tranquilidad, la que pue-
den sentir esos seres que carecen de aspira-
ciones, que no ambicionan dichas, que se con-
forman con su efímero destino.

Pasó por allí un guardia, y al ver á los *gol-
fos* les despertó á puntapiés, como pudiera
haberlo hecho con dos perros, y les hizo aban-
donar su duro lecho con un ¡Largo de ahí,
granujas!

Los pobrecillos despertaron despavoridos y
pronto se pusieron fuera del alcance de las
botas del guardia, recogiendo, más que de-
prisa, el uno un puñado de periódicos, el otro
un cajón de limpiabotas.

Les seguí con la vista en su huida, pensan-
do que irían á buscar otro banco en el que rea-
nudar el sueño tan bruscamente interrumpido.

Aquella noche soñé que había visitado un
Asilo en el que ingresaban todos esos mucha-
chos que viven en completo abandono, que
trabajan como bestias para recoger unas
cuantas monedas de cobre, que no tienen más
casa que el arroyo, ni más lecho que los bancos
de los paseos, ni más caricias que los punta-
piés y los insultos que reciben de los guardias.

Soñé que en aquel Asilo los *golfos* recibían
enseñanzas de maestros que los trataban con
afecto, que allí aprendían oficios, que de allí,
en fin, salían hechos unos excelentes obreros,
honra de la sociedad, conociendo los deberes y
los derechos de todo ciudadano.

Me despertó un verdadero griterío y la cu-
riosidad me llevó al balcón, desde donde des-
cubrí en el centro del paseo á varios *golfos*
que reñían blandiendo navajas, con las que
intentaban demostrar cuál de dos de ellos era
más valiente que el otro.

Lo del Asilo no fué más que un sueño.



cuando pasas, por ver tus perfecciones?
¿Les tienes compasión ó sientes asco?
¿Y en qué piensas entonces?...

En los grandes teatros,
iluminados en las claras noches;
en las orquestas que—con sus brillantes
fanfarrias y sus líricos acordes
en tremor rumoroso de marea,—
dicen fiestas y goces...;
en los jardines públicos, poblados
de músicas y amores;
en el bullicio de elegantes turbas,
en el rodar de los alegres coches...
Margarita Gautier, romanticismos,
tropol de cosas vagas y sin nombre...
Recordarás una mañana pura
de tu infancia y tus juegos...

Es de noche,
penetran en la sombra de los árboles
las luces de los tímidos faroles.
Un clérigo ha pasado,
con su manteo desteñado y pobre.
—Y acaso te ha mirado
como nunca te mira ningún hombre.

✓ B. MORALES SAN MARTIN

EL REGIONALISMO

En esta venturosa tierra—cuyo cielo, luz, vegetación y ambiente influyen sobre nosotros de tan singular modo, que despiertan y avivan las facultades soñadoras con la misma intensidad que adormecen las reflexivas,—ocurre muchas veces que vamos tras una palabra cadenciosa, bonita y sonora de nuestra hermosa lengua, como mariposas tras de la luz, sin detenernos á considerar qué significa y vale ó qué idea representa aquel sonido articulado. Y sea porque nos regala el oído, sea porque nos deslumbra su brillo ó ya porque nos gusta variar de postura, el caso es que, sin saber cómo y de la noche á la mañana, nos encontramos puesta en boga la consabida palabreja, que modula con igual entonación un pacífico burgués de roja barretina y hoy simbólica, que un aspirante á la Presidencia del

Consejo. Y así sucede, que por lo mismo que fuimos románticos un tiempo, clásicos otro y naturalistas después, hemos sido liberales y demócratas antes, regeneradores y regionalistas ahora; esto es, sin saber por qué, tan sólo porque aquellas palabras *visten y se llevan mucho* esta temporada.

No podía ser de otro modo en este país, donde, sin escepción, todos gustamos más de rendir culto á la forma que á las ideas á quien aquella sirve de vestidura. Nos enamoran y entusiasman sonoras y bien medidas rimas, aunque el poeta, á vuelta de muchas imágenes y frases esculturales, no nos diga nada en claro ni apenas en turbio. Nos subyuga y arrastra el orador que en apasionadas frases y elocuentes períodos acaba por demostrarnos que puede hablar dos y tres horas sin verter una sola idea. Admiramos y enaltecemos al artista que pinta y esculpe á maravilla sin hacer llegar á lo hondo de nuestra alma la intensa emoción que causa la doble sensación de lo bello y de lo metafísico.

Ni somos reflexivos ni pensadores, y como buenos meridionales (hermanos gemelos de aquellos que retrató de mano maestra el delicadísimo novelista provenzal), cualquiera es poeta en cuanto coge la lira; parlero ruiseñor, si se pone á perorar; colorista sin rival, apenas toca los pinceles; en una palabra, somos seres fantaseadores, puramente imaginativos, á quienes no seduce lo que hace pensar y meditar, sinó lo que brilla y suena bien, lo que deslumbra y encanta.

Sugieren estas observaciones la contemplación de un fenómeno que hemos presenciado todos en España, viendo á quienes dirigen la pública opinión, desde los más conspicuos políticos hasta la prensa de más ó menos circulación, hacer pública y solemne profesión de fe regionalista y aún sostener, como elemento indispensable de regeneración, la autonomía de las regiones españolas; y luego esos políticos, esa prensa y esas clases directoras, virar en redondo y aparecer como adversarios decididos, enemigos jurados del regionalismo y amantísimos devotos de la unidad nacional y de la centralización política y administrativa

más absoluta, probablemente con la misma firmeza de convicción que antes fueron lo contrario y mañana serán otra cosa, socialistas, supernacionales, supercerebrales, según las corrientes dominantes en aquel momento.

Ironías aparte, puesto que en último término, de amargura solo está compuesto el sedimento que en el corazón dejan estas caprichosas revoluciones de la pública opinión, el resultado producido por ellas ha sido el abandono y descrédito completo de una doctrina (ni bien estudiada ni siquiera conocida su esencia), de tal modo, que aquel descrédito alcanza hasta á la seriedad y buen nombre de los pocos apóstoles que hoy tienen el valor de ser consecuentes propagandistas del regionalismo, á quienes pintan hoy como seres perturbadores, patibularios casi, traidores de melodrama lo menos, los mismos que hicieron del regionalismo escabel para elevarse á donde no podían llegar con los propios merecimientos.

Y así está en la actualidad esta importantísima cuestión: El regionalismo, considerado como causa indefectible de desmembración de la patria; los regionalistas, tachados de separatistas, sin que se ponga el hierro sobre las espaldas de los *verdaderos separatistas* y sin que una voz serena, imparcial y desapasionada resuene en favor de la vilipendiada doctrina, restableciendo en sus justos términos la, al parecer, pavorosa cuestión. Y me aventuro á defenderla, no porque tenga condiciones de apóstol, ni autoridad para rehabilitarla, sino porque nadie la defiende, nadie la ampara, nadie se detiene á explicarla y todos la abandonan. ¿Despertará á mi voz el amor á la región, que es el amor á la familia, á la casa en que nacimos, al pueblo en que vivimos, á los campos que fueron teatro de nuestras travesuras infantiles, de nuestras aventuras de adolescentes y en los que brotó lozana y hermosa la primera flor de la vida, el amor? Lo ignoro. Pero no es que desconfíe de las fuerzas, que sé que me faltan, ni de la bondad de la doctrina que voy á exponer á grandes rasgos, sino de las condiciones de nuestro pueblo, hartamente señaladas para que las repita; por esto temo que la semilla caiga en terreno

más apropiado para cultivar pomposas plantas y vistosas flores, que sirven solo para recrear la vista y el olfato, que para el cultivo de aquellas especies necesarias, indispensables para la vida. Este temor, sin embargo, no me arredra; cumpliendo mi obligación, cumpliré con mi deseo, con las ideas á que he rendido culto desde que comencé á pensar y á sentir y con el amor que tengo á esta hermosa tierra, que no gozará ciertamente de brillante y próspero porvenir mientras las regiones sean esclavas de un despótico, absorbente y minúsculo estado central.

I

Proceder con método será, á mi juicio, decir antes *lo que el regionalismo no es*, con el fin de ir sentando afirmaciones inmediatamente de cada negación y con el objeto de ir enfriando las iras de sus quijotescos adversarios á la vez que apagando los ardores de algunos de sus imprudentes y ciegos partidarios, causantes unos y otros, fuerza es confesarlo, de aquel descrédito que antes citaba.

Dije quijotescos..., y no me arrepiento de ello, porque, efectivamente, lo mismo que el famoso hidalgo manchego, arremeten aquellos esforzados paladines de la unidad nacional contra inofensivos molinos de viento creyéndolos desaforados gigantes, cuyos membrudos brazos van á desgajar y partir en trozos esta tierra querida y privilegiada que ciñe amorosamente el mar desde Cataluña á Cantabria.

Los que tal dicen ignoran que «los lazos particulares fortifican el lazo general en vez de debilitarlo», como dice Degerando, (el ilustre colega de Benjamín Constant), quien ante los temores que ya despertaba en las almas pusilánimes á principios del pasado siglo, lo que entonces se llamaba el *espíritu de localidad*, manifestaba también los suyos con singular franqueza, ante todo «lo que es vago é indefinido á fuerza de ser general». Y decía así aquel espíritu perspicaz, presintiendo á las volubles rotativas y á los tornadizos estadistas al uso en este país:

«No pensamos que hay en un Estado otros

intereses reales que los intereses locales, reunidos, cuando son los mismos; balanceados, cuando son diversos; pero conocidos y sentidos en todos los casos... En la gradación de los sentimientos y de las ideas se coloca primero á la propia familia, luego á la ciudad, después á la región, por fin al Estado. Destruid los intermediarios; no habréis cortado las cadenas, las habréis destruido. Lleva el soldado en su corazón el honor de su compañía, de su batallón, de su regimiento, y así es como concurre á la gloria del ejército entero. Multiplicad los haces que unen á los hombres; personificad la patria en todos los puntos, en vuestras instituciones locales como en otros tantos espejos fieles.» (1)

¿Queréis fórmula más concisa y exacta del sano, del verdadero regionalismo, y al mismo tiempo exposición más clara, defensa más entusiasta y sincera de esta doctrina? Yo no la he hallado y por eso he transcrito aquellas elocuentes y gráficas frases, seguro de que ningunas como ellas llegarán más pronto al corazón y se grabarán mejor en el pensamiento del pueblo.

Explicando más estas ideas Benjamín Constant en su *Politica*, habla de «un nuevo género de federalismo», que no es otra cosa, como se verá, que nuestro regionalismo. Habla el cultísimo filósofo:

«Se ha llamado federalismo á una asociación de gobiernos que habían conservado su independencia mútua y no se conservaban unidos sino por lazos políticos exteriores. Esta institución es singularmente viciosa. Los Estados federados reclaman, de una parte, sobre los individuos ó las porciones de su territorio una jurisdicción que no deberían tener, y de otra, pretenden conservar, respecto al poder central, una independencia que no debe existir. Así, el federalismo es compatible, tanto en el despotismo en el interior, como en el exterior con la anarquía.»

«La Constitución interior de un Estado y sus relaciones exteriores están íntimamente

enlazadas. Absurdo es querer separarlas y someter las segundas á la supremacía del lazo federal, dejando á la primera una independencia completa. Un individuo, dispuesto á entrar en sociedad con otros individuos, tiene el derecho, el interés y el deber de adquirir informes acerca de su vida privada, porque de su vida privada depende para él el cumplimiento de sus compromisos. Asimismo, una sociedad que quiere reunirse con otra, tiene el derecho, el interés y el deber de informarse de su constitución interior. Debe aún establecerse entre ellas una influencia recíproca en lo que toca á esta constitución interior, porque de los principios de sus constituciones puede depender el cumplimiento de sus compromisos respectivos, la seguridad del país, por ejemplo, en caso de invasión; cada sociedad parcial, cada fracción (*léase región*) debe, en consecuencia, estar en una dependencia más ó menos grande; aún para sus asuntos interiores de la asociación general». (Nótese bien que no dice Constant de la asociación ó Estado *central*...!) «Pero al mismo tiempo, es preciso que los negocios interiores de las fracciones particulares, en cuanto no ejercen influencia alguna sobre la asociación general, permanezcan en una independencia perfecta, y como en la existencia individual, la porción que en nada amenaza al interés social debe permanecer libre, asimismo todo lo que no perjudica á la totalidad en la existencia de las fracciones debe gozar la misma libertad».

«Tal es el federalismo que me parece útil y posible establecer entre nosotros. Si no lo conseguimos, jamás tendremos un patriotismo pacífico y duradero. El patriotismo que nace de las localidades, es hoy, sobre todo, el único verdadero... Es preciso, pues, ligar á los hombres en los lugares que les presentan recuerdos y hábitos, y alcanzado este fin, es menester concederles en sus domicilios, en el seno de sus allegados, en sus demarcaciones, tanta importancia política como sea posible darles, sin menoscabar el lazo general... El patriotismo de localidad renace como de sus cenizas en cuanto la mano del poder aleja un instante su acción. Los magistrados de las aldeas

(1) Mr. Degerando. Cartas manuscritas á B. Constant, con cuyas afirmaciones estaba de acuerdo el autor de *Los Principios de Política*, en cuya obra así lo declara.

se complacen en embellecerlas. Consérvanse con esmero los monumentos antiguos. Hay casi en cada villa un erudito que gusta de referir sus rústicos anales y al cual se escucha con respeto. Hallan los habitantes placer en todo lo que les dá la apariencia, aún engañosa, de estar constituidos en cuerpo nacional y reunidos por lazos particulares... El apego á las costumbres locales, base es de todos los sentimientos desinteresados. Política deplorable es la que hace nacer de él la rebelión. ¿Qué ocurre así? Que en los Estados en que se destruye toda vida parcial, se forma un pequeño Estado en el centro. El resto permanece inmóvil. Perdidos los individuos en un aislamiento contra natura, extraños al lugar de su nacimiento, sin contacto con el pasado, arrojados como átomos en un plano inmenso y nivelado, se desligan de una patria que en parte alguna aperciben y cuyo conjunto se les hace indiferente, porque su afecto no halla descanso en ninguna de sus partes.»

II

Perdónese lo extenso de la cita en consideración á la sabiduría que encierra ese clásico trozo, sino que parece escrito ayer y dedicado á nuestros hombres políticos hoy. No pretendo haber descubierto el regionalismo, ni siquiera tomo la pluma para decir que he inventado un regionalismo especial: *mi* regionalismo; á lanzar sobre el rostro de los detractores de esta doctrina política la autoridad indiscutible de un filósofo, desprovisto en este caso de todo desapasionamiento, prejuicio y carácter sectario, por la sencilla razón de que ya no existe y escribió los párrafos transcritos en el primer tercio del siglo que acaba de espirar y aplicándoles á otro país, á la nación francesa. Con preferencia á los argumentos de distinguidos escritores regionalistas españoles, ya catalanes ó gallegos, mallorquines ó vascos, he escogido los de Constant porque francamente, á Constant me parece que nadie lo recusará por sospechoso de... catalanismo.

Como acaba de verse en la magistral exposición de los principios fundamentales de la

doctrina regionalista que he traducido, no hay nada que ni remotamente pueda ser origen, causa ó pretexto de desmembración de la nación española, á la que aman tal vez más los regionalistas sinceros que quienes alardean de ello en todas ocasiones. Al contrario, creemos bastante demostrado que son las regiones, desenvolviendo su vida particular con cierta independencia, pero unidas con lazos indestructibles para lo que les es común, no sólo compatibles con la unidad nacional, sino algo más, su firme sostén, garantía de su existencia, admirable remedio para toda enfermedad política, ya sea separatismo, caciquismo, absolutismo, parlamentarismo ó cualquiera otra lepra con que castiga el destino el indiferentismo en política y las costumbres públicas de bajo-imperio.

Importa mucho consignarlo así y consignarlo muy alto para que lo oigan todos; callen los ignorantes que hablan de todo y todo lo definen, menos á sí propios, y aprendan algo, á ser justos por lo menos, aquéllos que de buena fé siguen las corrientes antirregionalistas por cierta ingénita pureza que les inclina á aceptar el discurso y juicio ageno, por miedo seguramente á derrochar el propio. Y hay que decirlo alto para que resuene en todas las regiones y sepan ciertos bizcainos, ciertos catalanistas, que hay españoles que son regionalistas de corazón, sinceros y tan amantes de la madre España como de su adorada región, pero que no comulgan con ruedas de molino; que creen un crimen, si no lo disputaran por mayúsculo desatino, lo mismo separar, desgarrar trozos de territorio para formar *reinos de Taifas*, que para anexionarlos á Francia, como llegó á decir algún demente, con más deseo de aparecer original que con conciencia de lo que decía; pues Francia, la republicana Francia tal vez sea la nación europea más amante de la centralización política y administrativa y literaria; indudablemente más que las monárquicas Austria, Alemania y Rusia, en las cuales hay destellos de regionalismo que el gobierno central no apaga, sino que tolera y respeta.

También hay que esforzar la voz para que

llegue á aquel punto que Constant denominaba, con sutil ironía, *el pequeño Estado del centro*, y sepan los dioses mayores y menores que lo forman, que las regiones no desean «formar rancho aparte», como dijo Valera con tanto desenfado como reflexión, sino formar parte del Estado y de la Nación, con carácter y personalidad propios, á la manera como los varios órganos del cuerpo humano constituyen el hombre; con funciones propias pero relacionadas con las de los demás; formando un todo *uno, pero vario y por lo tanto armónico*. Sepan en aquellas alturas, que de antiguo conocemos que la *Naturaleza es la maestra de la vida*; que sabemos que no puede segregarse de un sér un órgano; que las funciones de éste ó aquél no pueden sustituir ó reemplazar á las de otro; que no es posible negar la personalidad, digámoslo así, de cada órgano, su carácter, su funcionamiento especial, distinta al de los demás; pero sepan también que no es novedad para nosotros el fenómeno que suele presentarse en la vida de los pueblos como en la de los séres orgánicos, del excesivo predominio y desarrollo de un órgano, que cuando se realiza á espensas de la vida y funcionamiento de los demás aparece enseguida la enfermedad como efecto inmediato, la muerte como término.

Si el regionalismo no es lo contrario á la idea de unidad nacional, ni sinónimo de separatismo, tampoco lo es de *feudalismo*, como se le ocurrió escribir en cierta ocasión á un ilustre tribuno; y aprovecho esta para hacer notar que es rara coincidencia la que ofrecen algunas personalidades notables que, cuanto más lo son, con más facilidad yerran siempre que han hablado ó escrito sobre la doctrina regionalista. Si hay un régimen opuesto al opresor, tiránico, abusivo y de predominio personal de los señores feudales, es el régimen democrático del *Self Gouvernement*, el gobierno del pueblo por el pueblo; y si hay una organización política y administrativa que garantice completamente el ejercicio de la soberanía del pueblo, es la regionalista, por la sencilla razón de que impide en absoluto que una región gobierne á las demás, les imponga sus leyes y

hasta los tribunales que han de ejercer justicia en ellas. Cuando cada región se gobierna á sí propia, es cuando es verdad la expresión, «gobierno del pueblo por el pueblo», ideal de la moderna filosofía política. ¿Dónde está el parecido de la organización regionalista con el gobierno feudal, gobierno puramente personal y de privilegio?

Importa, pues, consignar, á modo de conclusiones, ciertas afirmaciones, no como programa regionalista, ni mucho menos como cuerpo de doctrina regionalista, sino sencillamente como cuestiones previas, que conviene dejar aclaradas, tanto para curar de espanto á los espíritus timoratos y apocados, como para rechazar toda solidaridad con determinados elementos separatistas ó anexionistas, que tanto monta una cosa como otra.

En primer término, el regionalismo es perfectamente compatible con la idea de unidad nacional y elemento indispensable para la vida normal política, administrativa y social del Estado español.

El regionalismo es la organización política más adecuada para la práctica del *Self Gouvernement*.

Regionalismo no es sinónimo de separatismo ni siquiera de federalismo.

El regionalismo no es la *supremacía* ó predominio de un dia ecto, de una región determinada, en una palabra, sobre las demás, ni siquiera sobre las más afines.

Las tendencias regionalistas no se dirigen á formar ridículos y microscópicos reinos ó Estados *pour rire*, sino á afirmar la personalidad de la región, con todo lo que ofrezca de característico y propio, para formar el grande y poderoso Estado español, á semejanza de lo que fué rico y vario y floreciente en el exterior, respetado y querido en el interior.

Para la futura regeneración de España es uno de los elementos indispensables la organización regionalista. España será regionalista ó *no será*.

Después de estas afirmaciones poco resta que decir.

Todos saben el pavor con que escuchan la palabra regionalismo aquellos para quienes no

entraña ninguna enseñanza aquellas insurrecciones separatistas que concluyeron por la pérdida de las últimas colonias españolas; pero también se ha visto, como Constant afirma, que el regionalismo es sostén y base de la unidad de un gran Estado, y como aquel filósofo no se asustaba en los comienzos del siglo XIX del regionalismo, denominado entonces *espíritu de localidad*, como tampoco se asustaban de él Jaime y los monarcas aragoneses, los condes catalanes y los reyes castellanos, los cuales otorgaban y juraban Fueros, concedían *Usatges*, Cartas-pueblas, Exenciones y Privilegios, establecían Cortes regionales, creaban instituciones del carácter y significación política del Justicia mayor en Aragón y Organismos de la importancia de los *Concejos* ó *Comunidades*, de los que ha dicho el marqués de Pidal que eran «especie de repúblicas que se gobernaron bastante tiempo por sí mismas, que levantaban tropas, imponían pechos y administraban justicia... Y añade: «Otra clase de gobierno era la de *betetrias*, especie de república ó señorío especial... Y al frente de estos Estados y señoríos subalternos estaba el monarca, jefe común, lazo federal, centro de unidad.» Luego el regionalismo ha existido y era la causa de la prosperidad y grandeza españolas en siglos menos asustadizos que los presentes.

Nadie podrá destruir el regionalismo español, dígame lo que se diga y hágase lo que se haga, como no sea tabla rasa de esta generosa y sufrida nación, mientras las regiones queden en pié con sus literaturas, con su arte regional, con los rasgos característicos de las razas que las pueblan, con sus trajes típicos, fiestas, costumbres, usos, vida familiar especialísima, instituciones seculares, cantos populares, aunque intente oprimirlo y borrarlo todo el bárbaro centralismo en el cual *la justicia es el azar*, como exclamó Federico II.

Condenar y combatir el regionalismo por ciertas algaradas separatistas, de las que no es ni puede ser responsable doctrina, es fomentar el separatismo, es arrojar á los pueblos á la desesperación, es la justificación de ciertas exageraciones separatistas, es enseñar

el camino que conduce del separatismo tenebroso y de conjuras á la audaz violencia, á la potente rebelión.

No hay patria grande ni chica. Patria no hay más que una: la sufrida, la grande, la generosa, la inmortal madre España, la que luchó por su personalidad con cartagineses y con musulmanes hasta rescatarla, la que á una voz, á un solo grito, al de ¡Viva España! arrojó de todo su territorio á los aguerridos ejércitos del capitán del siglo y recogió del lodo la gloriosa enseña que dejó caer quien representaba al Estado central. Pero la Nación la forman elementos, organismos que coexisten con ella, las regiones, y las regiones son el terruño sobre el cual vivimos, junto al que amamos y sufrimos, el mismo que cubre nuestro cuerpo cuando la muerte sobreviene y aquel en cuyo seno nos juntamos otra vez con nuestros antepasados y esperamos el abrazo eterno de nuestros hijos.

V. SERRANO CLAVERO

LA CARTA
DE OTOÑO

«Acaso esta sea
mi adiós para siempre, Rosario del alma,
amiga querida, mi fiel compañera;
¿compañera y amiga? No: ¡hermana!
Juntas compartimos
el alegre ignorar de la infancia,
el ruidoso bullir del colegio
y las reprimendas de la madre Paula.
Dos años sin verte...
¡Qué ausencia tan larga!
Tú en el campo andaluz, todo rosas;
yo en mi adusta mansión castellana.
No llores, Rosario.
No te aflijas al leer esta carta.
Tú ya lo sabías;
mi vida se acaba,
como el dulce fulgor de una estrella
en la luz esplendente del alba.
¡Qué triste es morir
en la edad venturosa en que llaman

la ilusión y el amor á las puertas
del alma, que duerme, soñando esperanzas!

¡Ay! En estas tardes
que ensombrece la noche cercana,
yo contemplo con miedo y tristeza
el desnudo jardín de mi casa.

El otoño impío
ha dejado sin hojas las ramas,
sin hierbas el suelo,
sin flores la tapia.

Los gorriones esponjan su pluma
y protestan del viento y del agua
con plós muy tristes,
sacudiendo, ateridos, las alas.

El nido de barro
que formó la pareja enlutada
de mis golondrinas, está abandonado...
¡A él asoman, temblando, unas pajas!

Cuando vuelvan las aves inquietas
al nido de barro que aquí las aguarda,
¡Yo sé que mis huesos
tendrán otro nido de tierra y mortaja!

Y siento morirme,
Rosario adorada,
cuando el alma se viste de mayo
y ríen los sueños, y es música el aura.

Me muero, me muero.
Mi vida se apaga
como el blando rumor de una ola
en la inmensa quietud de la playa.
Conmigo á la tierra
bajará una pasión ignorada,
un amor que se ahoga en mi pecho,
como flor que en la sombra se acaba.

¡Rosario querida!
Aquí, tiritando en la vieja butaca
donde, á veces, creo
que la muerte se sienta á mi espalda,
á través de los claros cristales
miro el triste jardín de mi casa.
¡Y pienso con pena
si esas hojas que el viento arrebató,
sobre los terruños de mi sepultura
rodarán mañana...!»



EL MÁS FELIZ

La estación de Sancho Tello está fuera de murallas, sola, abandonada en un campo yermo y agrietado. En ella mueren dos trenes diariamente: el mercancías de las diez y media y el correo de las cinco, *el de las cinco* como todo el mundo le llama. Son éstas de la llegada de los trenes las únicas horas en que la vida pone una nota alegre y de tráfago en la monótona calma diurna. Porque estas estaciones donde los trenes mueren tienen esa tristeza literal y única de todo lo que es término inexorable de algo. El alma tullida de aquella estación, asomándose para recibir á los viajeros á las ventanas donde ni una flor se abría á las caricias de una mano femenina en el encanto solaz de las mañanas, debía sentir envidia de aquellas otras sus hermanas Pero-Mingo y la Carrasqueda, tan pequeñitas, con un jardincillo en torno del pozo y jazmineros trepando por las paredes, donde nunca nadie se paraba y por donde pasaban los trenes, dejando tras de sí el perfume de una vida extraña y para ellas indescifrable. ¿Cómo se llamarían aquellas mujeres que limpiaban con encajes el vaho de las ventanillas para asomarse á verlas á través de un velo muy tupido? ¿Y de dónde serían aquellas caras jóvenes que se agolpaban á las portezuelas de la tercera con el júbilo estruendoso de un tropel de muchachuelos en libertad?

Ellas no sabían nada ni querían averiguarlo tampoco: y allí quedaban solas, silenciosas, agrestes, esperando á los viajeros desconocidos del día siguiente. En cambio ella, la de Sancho Tello, los conocía á todos, eran siempre los mismos: el delegado de Hacienda, que había ido á Madrid á gestionar asuntos administrativos; un canónigo de la Catedral, que volvía de tomar unas aguas; dos recién casados, que habían salido quince días antes, y un centenar de rapaces de la Universidad, conocidos también.

Siempre los mismos: los mismos los que venían, los mismos los que marchaban, y sólo de cuando en cuando, de entre los señores

graves y solemnes que iban en busca de los periódicos de Madrid desaparecía sin avisar alguno. Aquellos eran fijos media hora antes de la llegada del correo, durante la que discurrían por el andén, hablando poco, como gentes que se ven todos los días. Eran todos laicos, magistrados y profesores de la Universidad. El clero, aunque sin ostensible protesta, jamás miró con buenos ojos este recibimiento que á los periódicos liberales se hacía diariamente en la estación, y paseaba por la carretera de Portugal hasta unas choperas, donde un monolito *cartaginés*, decía el sochantre, marcaba el kilómetro dos. Después de la llegada del tren cogía cada cual su diario, dábanle allí mismo un vistazo con fruición, y si no había cosa de mayor bulto, doblábanlo cuidadosos, y muy pausadamente tomaban rumbo hacia el Casino.

* * *

La Constanca, como se llama el Casino de Sancho Tello, tiene por fuera la gravedad clerical de los palacios del siglo XVII; mas en el exterior adviértese que manos artesanas profanaron los frescos en donde ángeles mofletudos se entretenían en verter el agua de un ánfora, tapándolos con un papel rojo rameado de un gusto deplorable y espeluznante.

A primera hora de la tarde óyese el chocar de las bolas en los billares, el discutir de las jugadas sobre las mesas de tresillo y se nota un fuerte aroma de café, que al mezclarse con el de los cigarros y el de las respiraciones, dá el olor característico de los casinos provincianos. Después de las cuatro, una calma triste cae sobre el Casino; adormecen los mozos en la conserjería, quedan los salones vacíos, y en la biblioteca, un poeta local que canta en verso heróico las glorias de Sancho Tello, ronca como una tormenta, de bruces sobre la mesa, otro de tormento poético iluminado por un rayo del sol disuelto de la tarde. Y ya hasta después de las ocho, hora en que en Sancho Tello se acaba de cenar, el Casino bosteza tediosamente, aburrido de tanta soledad. Pero eso sí; á prima noche aquello está

caldeado y ruidoso, como si Sancho Tello fuese una población enorme, llena de vida y de movimiento. Y no son para dichas las opiniones que se vierten sobre la política y los políticos, y no falta nunca algún abogadillo de la última hornada, descreído y paradoxal, que, entre sorbo y sorbo de café, profetice sobre el porvenir de España.

—Aquí, desengañense ustedes, no hay más salvación que echarse en brazos de los ingleses.

—Pero hombre, no sea usted bárbaro—contesta siempre un oyente que odia á Inglaterra con toda su alma desde la guerra del Transvaal.—Con los que no se vá á ninguna parte es con ustedes, que salen ahora desprovistos de amor á la madre patria, tanto más amada cuanto más extenuada.

No sé dónde les enseñan á ustedes esas teorías.

—Esas son cosas de los catedráticos libre-pensadores—arguye un viejo que está empleado en el Provisorato.

Y así, en este tono se sigue hasta las once y media, porque las conversaciones en el Casino de Sancho Tello apenas si sufren alternativas sensibles á través de los tiempos. Son eternas, inalterables, como la Naturaleza y como el carrick café con leche del rector de la Universidad.

* * *

Aquella noche, á las diez y cuarto, se discutía acaloradamente.

—Pues no señor; á mí nadie me convence de que tan joven se pueda ser ya un sabio.

—Pero hombre, no se obstine V.; Menéndez Pelayo y Balmes escribían á los veinte años.

La erudición en el Casino de Sancho Tello era profundamente ortodoxa y española; eso, sí, muy española.

—D. Mariano—dijo el de Literatura Latina al de Derecho Canónico;—lea V. de nuevo la noticia porque no parece deducirse de ella, como V. supone, un tan pronunciado imberbismo. El distinguido latinista era hombre que gustaba de estas libertades lingüísticas.

—«Después de brillantísima y reñida oposi-

ción ha ganado la Cátedra de Lengua Griega en la Universidad de Sancho Tello D. Macario Ruiz y Ramos. Conocido por sus brillantes trabajos de Semántica y por las traducciones de Teócrito, nada hemos de añadir hoy á su hoja de indiscutibles méritos y sólo nos limitamos á darle nuestra más cumplida enhorabuena».

De aquí claramente se deduce...

—Hombre, eso de claramente...

—Lo único que me parece á mí—arguyó el Teniente Fiscal, que era de los que contendían,—es que el hombre que se atreve á escribir de Semántica necesita saber dónde le aprieta el zapato.

Lo de la Semántica fué contundente y todo el mundo quedó convencido de que el nuevo catedrático era un sabio, uno de esos verdaderos sabios que sólo pueden venir de Madrid. Como que el de Derecho Canónico se despertó aquella misma noche á cosa de las dos para confesarse, mientras los perros vagabundos ululaban sus tristezas por las calles de la ciudad castellana, que eso de la Semántica, tan profunda por lo menos como la teoría del *devenir* de Hegel, que hacía veintitrés años tenía atragantada.

* * *

Cuando el correo de Madrid, que traía al profesor de lengua Griega, llegó á la estación de Sancho Tello, del campanario de las Petras descendían lentas, llenas de serenidad rural y litúrgica, las oraciones de la tarde. En el andén esperaban á Macario Ruiz los catedráticos de la facultad, que lo acompañaron hasta la fonda del Pasaje, «la más limpia, la mejor servida y la más económica» de la ciudad, como pregonaba un anuncio en la cuarta plana del *Labriego*, diario local é independiente.

Al encontrarse solo, después de las despedidas y de los ofrecimientos, una angustia profunda le asaltó el corazón. Era como si toda la tristeza de la Catedral, que perfilaba sus torres oscuras sobre el cielo de la tarde, hubiera caído sobre su alma.

Para librarse de este dolor, se refugió en

los recuerdos que se estendían ante él, nítidos y diáfanos, como un tejido de hechos iguales y vulgares. ¡Qué vida tan opaca la suya! ¡tan falta de relieve, tan llena de deseos incumplidos! Al morir su madre lo había recogido un tío que estaba empleado en Correos y que vivía en un piso tercero, en una casa del barrio de Argüelles, por donde entraba el sol á torrentes, dando un tono amarillento de cosa desteñida y vieja á los muebles.

Siempre salía con su tío á la Moncloa en las mañanas dominicales del invierno y la primavera, y los demás días de la semana los pasaba estudiando vorazmente, insaciablemente, como si aquellas declinaciones y aquellos reyes godos, aprendidos de memoria, fueran cheques al portador, de pago inmediato y seguro. «Hay que hacerse hombre para ganar dinero», era la cantilena del tío, y él procuraba atravesar en el menor tiempo posible los pedregosos caminos de la ciencia, que era para Macario una gran flor marchita, deshojada, triste. Cuántas veces había soñado él, tras de los cristales, con bajar á la calle á jugar un poquito, ó á comprar un trompo en la cacharrería de enfrente. Pero el tío era inflexible: «nada de escarceos; aquí sujeto, que todo se andará», y pasaba las tardes oyendo un piano que en el piso de al lado teclaba, con infinita y dulce monotonía, una muchachuela morenucá y desenvuelta, que él había tropezado dos veces en la escalera. También esa está estudiando, se decía Macario. ¡Será nuestro destino estudiar! Ya de mozalbete comenzó á ir á la Universidad, por la mañana, á cátedra de Literatura. Aquello era respirar; al menos se veían modistillas, se hablaba con los amigos y hasta se podía ir á la parada. Pero Macario, á donde iba era á casa, inmediatamente de terminadas las clases, y después á la Biblioteca Nacional á leer libros para hacerse hombre. Y así terminó la carrera y ganó una cátedra á los dos meses de morir el tío Julián. ¡Que vida tan uniforme, tan sumida en la sombra aquella suya! ¿Para qué le servía el haber estado tanto tiempo bebiendo ciencia, comiendo ciencia y

almacenando ciencia? Para ser á los veinticinco años catedrático en una capital de provincia, donde no había ni modistillas, ni parada. Para ser un hombre serio, solemne, enchistado. Una voz, la del tío sin duda, reprendióle por dentro: «No, Macario, para algo más, para formar á las generaciones».

*
* *

En Sancho Tello todo el mundo desconfió de la ciencia del nuevo catedrático, tan enaltecida en el periódico madrileño.

—Pero hombre, qué quieren ustedes, si es un chiquillo—decía el de Historia Universal, —por no tener ni calva.

La calvicie y la ciencia eran para el de Historia Universal dos hermanas gemelas cuando menos y desconfiaba de los genios á quienes la próspera Naturaleza alimentaba aun el cabello. El otro compañero de Griego le aconsejaba que no se molestase en pronunciarles á los muchachos bellos discursos. Nada de discursos. Para la parte gramatical, mi procedimiento de cuadros sinópticos da un resultado excelente y que traduzcan mucho á Isócrates; déjese usted de poetas y de florituras. Sí, tenía razón, cuadros sinópticos y mucho Isócrates y que el dulce Anacreonte y el divino Teócrito se hundan en el sombrío Leteo. Nada de arte ni de pensamientos nobles; lo mejor era seguir el impulso greyario y ser un borrego más. Y puesto que esta gente no admite más virtudes que las tradicionales, expliquemos por cuadros sinópticos, como se explicaba hace veinte años.

Tan monótona y triste como la vida de estudiante, era esta otra vida, y lo más horrendo de ella, la hora de clase bostezante, tediosa, embrutecedora, sin objeto, rum rum inarmónico de palabras incoloras é insípidas, «*Polakis*, muchas veces, *ezaumasa*, me admiré, *ton* de los...»

*
* *

Macario significa en griego el más feliz. ¡Que ironía filológica tan lamentable!, pensaba el profesor de Sancho Tello, paseando una tarde por los alrededores de la ciudad. Era

esa hora vaga en que las nubes viajeras se detienen en el espacio á contemplar el glorioso hundimiento del sol. Las acacias aromaban el aire blando, manso y caricioso.

Una vaca que ramoneaba al pie de unas ruinas románticas levantaba hacia el cielo su mirar triste y pensativo. En las Petras tocaban Oraciones, como en el día de su llegada. Era aquella una escena infinitamente conmovedora y austera y un insuperable deseo de arrodillarse allí mismo, en el campo; una ansia infinita de invocar á Dios tomó al profesor de Griego.

Aquella tarde santificante descubría en él un hombre nuevo y daba á su vida un fin humano, racional. Había un algo todo lleno de infinidad, en el que apenas hasta entonces había pensado y que por modo tan maravilloso se le mostrara en aquella tarde, y al cual era necesario sacrificar algo de la vida para dar encanto á la vida misma. Ya en la población, entró en las Petras de una manera ciega é irreflexiva, como si un cable espiritual lo uniera ya con aquel rincón de silencio y de espiritualismo.

*
* *

Fué lo que le atacó una furia mística. Leía todos los días á San Juan de la Cruz, á Santa Teresa, á Fray Luis de Granada, al Padre Gracian. En clase misma apenas si se ocupaba de la asignatura; hacía recitar á los alumnos la Salve, el Credo y glosaba capítulos del Kempis. «La salida alegre, causa muchas veces triste vuelta, y la alegre tarde hace triste la mañana, y así, todo goce carnal entra blandamente, mas al cabo muerde y mata». Todos los compañeros lo tenían por loco de remate. Una mañana llamóle el Rector á su despacho, y suavemente, á vuelta de circunloquios y arrodios, hizole ver lo conveniente que le sería un mes de campo con objeto de cuidar los nervios. «Se escita usted demasiado, lee demasiado; luego, esa soledad en que vive no puede ser sana.» Macario Ruiz aprobó todo; «sí, le parecían muy bien las indicaciones del señor Rector», y al salir del despacho pensaba en que á pesar de todas las in-

terposiciones del destino, él seguiría siervo de la verdadera vida, de la vida jubilosa que supiera extraer de su espíritu en una tarde de dulce y serena calma. No, lo que es ahora ya no mentía el significado del nombre: se llamaba Macario para siempre, el más feliz, ó uno de los más felices, al menos.

MARTÍN ORTEGA

NOTAS MÉDICAS

La educación de los sentidos

Demostrado está hasta la evidencia que los sentidos pueden perfeccionarse indefinidamente merced á una educación apropiada, sábiamente dirigida. Esta educación es en absoluto inseparable de la de los otros órganos, demandando para poder realizarse un ejercicio constante, metódico y progresivo, voluntariamente sostenido. Además, esta educación ha de ser especial, según la modalidad sensorial, si es que se desea hacer adquirir mayor relieve que el alcanzado habitualmente. Todo el secreto esta en crear un hábito, sana y lógicamente dirigido.

En el sentido del tacto, tan relativamente torpe en la generalidad de los mortales, pueden obtenerse resultados verdaderamente prodigiosos. Recuérdese que en cada profesión la mano se ejerce de una manera. El pianista tiene los dedos completamente independientes, capaces de funciones autónomas; mientras el albañil, cuyos trabajos no requieren esas separaciones, posee una mano tosca, capaz sin embargo de realizar á la perfección las prehensiones á que le obligan las exigencias del oficio. Los estanqueros calculan admirablemente el peso de las cartas colocándolas sobre la palma de la mano. Para adquirir esta habilidad necesitase un largo aprendizaje.

Algo muy semejante ocurre con la vista. El ojo proporciona dos nociones distintas: la de forma y la de color; ambas suelen ser, en general, igualmente engañosas. Conocidas son de todos las actitudes en que dibujantes y pintores suelen colocar á personas y animales para representar la marcha, la carrera, el

salto ó el galope, y sin embargo, tales posiciones son una completa farsa, nacidas de un defecto de educación visual. G. Demeny ha podido demostrar, utilizando la fotografía instantánea, una multitud de errores de esta naturaleza en los cuadros de los más apreciados artistas de todo el mundo.

La función ocular debe educarse frente á la Naturaleza, sin recurrir á dibujos, cuadros ni estátuas, por admirables y excelentes que estas sean, pues constituyen ya por sí mismas una interpretación, lo que priva de independencia y ambiente al que en ella trata de inspirarse.

Diversos aparatos han sido ideados con el fin de analizar movimientos, hasta ahora grosera y torpemente representados. Entre ellos merece citarse el fonóscopo de Demeny, construido para recomponer y recordar los diversos movimientos de los labios durante la conversación. Idéntica cosa que con el movimiento ocurre con la perspectiva. Es necesario larga y meditada experiencia para poder reconocer la forma y posición relativas de los cuerpos, colocados en diferentes puntos de vista. Aquí es donde se acentúan aún mucho más los errores de apreciación. Suelen comprenderse con alguna frecuencia los detalles, pero rara vez el conjunto. Uno de los medios más fácilmente utilizables y más pródigos en buenos resultados es educar la vista dibujando del natural. No todo estriba en eso, es necesario prestar gran atención á los cuidados que la Higiene imperiosamente exige. En algunos detalles que para la generalidad pasan desapercibidos, hállase basado el buen ó mal éxito de toda labor que tienda á afinar un determinado sentido.

Los ojos deben lavarse diaria y cuidadosamente con agua templada, siendo preferible una disolución de ácido bórico poco concentrada. El no frotarse los ojos con los dedos, hábito censurabilísimo en muchas personas; el librar la conjuntiva de vientos que arrastren en exceso partículas orgánicas, y el resguardarse bien de acción solar intensamente sostenida, son datos que no olvidados contribuyen á facilitar en alto grado la tarea.

Es el oído otro de los sentidos que más fácilmente y con menos esfuerzo pueden modificarse. Los hombres que habitan en las ciudades, fatigada su sensibilidad auditiva por la continua y perniciosa influencia de mil ruidos heterogéneos y discordantes, hallarán más dificultades para aguzar y aquilatar exactamente sus sensaciones que no el rudo campesino acostumbrado al grave silencio de los campos, que permite casi siempre poder encontrar con justeza y prontitud la causa de todos los sonidos.

Entra aquí en juego un nuevo factor: es este la atención. La atención, ese estado que tan instintivamente repugna al hombre, constituye el auxiliar indispensable para todo género de experiencias en el sentido que nos ocupa.

El poseer un oído bien enseñado facilita en gran parte el alcanzar una buena oratoria.

El saberse escuchar á sí mismo, precisando defectos de timbre y tono, es el mejor censor que hallarse puede.

Los sentidos del gusto y del olfato, aún cuando en mucho menor grado, son también susceptibles de mejora; pruébanlo la exquisita sensibilidad de los catadores de vinos, por todos apreciada.

Aún cuando puedan parecer todas estas afirmaciones como puros y estériles divagares, encierran en sí la resolución de una multitud de problemas, de los que no es el menos el moral. Sin percibir exactamente la realidad de las cosas naturales no es posible emitir juicios acertados. Para que la imaginación deje de ser caprichosa é indomable, nada como tenerla acostumbrada á la perfecta y razonada contrastación de los hechos.

JOSÉ M.^a DE LA TORRE

JENA

I

Allá en el monte su figura yergue
sobre la yegua como nieve blanca;
hunde los dedos en la tersa chupa,
lanza en redor la fúlgida mirada.

Humo á sus pies, atronador estruendo,
brillo de sables, águilas doradas,
banderas tricolores que aletean,
bayonetas agudas que abrillanta,
con mil vislumbres de acerados hilos,
la obscura turbulencia de las masas.
Prusia está enfrente. Con rugido ronco
vomita de sus piezas la metralla,
diezma los aguerridos granaderos,
que ruedan en montones á sus plantas;
gorras de pelo, cajas de tambores,
volcados carros en sangrienta charca,
aves que escapan por el alto cielo
moviendo locas las inquietas alas,
gritos, blasfemias, resplandores rojos,
hombres que se revuelcan y que braman,
gruñidos que ensordecen... ¡Beso fiero
del amor de los aires con las balas!
¡Todo allá abajo! Y el coloso enorme
en cuyo torno ruge la batalla,
absorbe un polvo de tabaco fino
de buen burgués con pacienzuda cara.

II

¡Allí está el héroe! Con rizadas botas,
capote verde y espólin de plata,
negro tricornio, el antejo en mano
y el limpio acero en la flexible vaina.
No necesita César de su gladium,
Alejandro no lucha con su lanza,
Carlos V no empuña su tizona...
¡Para vencer bastóles la mirada!
Y entre el ardor con que el salitre ardiente
irrita y enronquece las gargantas,
y el retumbante són que desde el fondo
llevan hasta su pecho las descargas,
indiferente, su enguantada mano
tiende hacia el campo con mesura y calma,
como si fuera, entre la sangre roja,
signo de paz ó palomilla blanca.
«Perdemos gente», el vencedor murmura,
y al ver la resistencia temeraria
del sombrío teutón, sonrisa dulce
brota en sus labios de purpúrea grana.
¡Cómo truena el cañón del enemigo!
¡Cómo vomitan fuego las granadas,
rompiendo sus fragmentos abrasados

los grupos de chacós que las aguardan!
 Truena el cañón y Bonaparte ríe...
 ¡Entre obuses nacido y carronadas,
 cada estampido le parece un beso
 que le envió su emperatriz del alma!
 «Perdemos gente», y arrugando el rostro,
 sobre el brillante estribo se levanta,
 se vuelve á los erguidos mariscales,
 frunce los labios, y con voz pausada,
 «¿En dónde está Murat?», pregunta lento.
 «Hay que acabar. ¡Que rompa esa muralla!»

III

Abajo, los movibles escuadrones
 en remolinos, impacientes piafan;
 coraceros de pecho relumbrante,
 dragones con las crines encarnadas,
 la espada-sable en la terrible diestra,
 la pistola de arzón amartillada,
 las riendas en la boca y en los ojos
 las tempestades que en sus pechos braman.
 Los estandartès de celeste y gules
 llevan por picas las brillantes águilas,
 y los corceles, alazanes, negros,
 blancos y píos, se encabritan, saltan
 y llenan de vapor y espumarajos
 la tierra removida y escarbada.
 Pasa un ginete ante las quietas filas
 acicatando á su montura blanca;
 lleva dormán de blanquecinas pieles,
 que agarra el viento en la revuelta ráfaga;
 el porta-pliegos en el aire flota
 y el corvo alfange de doradas cachas
 blande su mano, cual si el hierro fuera
 moro caudjiar ó turca cimitarra.
 Joven y fuerte, de rizado pelo,
 corta patilla en la fogosa cara,
 cuerpo de atleta que nació á caballo,
 nuevo centauro de la griega fábula,
 corre de fila en fila, grita, arenga,
 les habla del honor y de la Francia,
 y cuando locos, su palabra escuchan
 entre relinchos y chocar de espadas,
 «¡Viva el emperador! ¡Carguen! ¡A ellos!»
 grita, y en pos de sí los arrebatá.

IV

Sierpe de acero por el valle cruza.
 Brillan al sol los cascos y corazas;
 un grito inmenso que al corcel aviva,
 bramido enorme del reptil que avanza,
 resuena en torno; los caballos ruedan
 heridos en el pecho por las balas
 y revuelcan en sangre á los ginetes
 que otras secciones contra el suelo aplastan.
 No importa la candente batería
 que los envuelve en acres llamaradas;
 saltan sobre cañones y cureñas,
 vuela un armón y por el aire escampa
 cascos de crin y miembros destrozados
 con trozos de banderas y de lanzas;
 revientan los obuses que la fiebre
 loca embutió con excesiva carga
 y derriban los propios artilleros
 con astillas de bronce que se clavan;
 los brutos, desbocados, atropellan,
 tintas en sangre las nervosas patas;
 se rompe un sable contra el lomo duro
 de algún cañón que abandonado calla;
 el pánico domina, batallones
 transidos de pavor huyen en masa
 y arrojan los fusiles en la hoyas
 y tiran las mochilas á las charcas.
 Después... La noche y el silencio horrible.
 Aves oscuras que en el aire graznan,
 pavesas y tizonos moribundos
 que alumbran las lagunas encarnadas...
 Allá arriba, en el cielo indiferente,
 asió del libro Dios, y en una página
 apuntó en el «Haber» un nombre: Jena;
 cerró de golpe las doradas tapas
 y esperó doce lustros... hasta el día
 en que apuntó «Sedan» como revancha.

 NECROLOGÍA

D. Luis Téllez

El día 5 de los corrientes falleció en esta ciudad el Sr. D. Luis Téllez, redactor-jefe de *Las Provincias* y querido amigo nuestro.

Víctima de terrible enfermedad que abatió en poco tiempo su naturaleza endeble y nerviosa, el Sr. Téllez ha muerto rodeado de su familia y amigos, que el día de la conducción de su cadáver patentizaron las generales simpatías de que gozaba rindiéndole el último tributo. Puede decirse que asistió al triste acto todo el elemento literario con que Valencia cuenta, presidido por el Gobernador señor Soler y Casajuana, distinguido escritor y notable periodista, como saben nuestros lectores.

Luis Téllez era el prototipo del periodista moderno: rápido en la información, sobrio en el concepto y que en un brevísimo espacio escribía con gran corrección las crónicas de los sucesos más salientes.

Era un maestro del gran reportage, y su actividad devoradora ha contribuido sin duda grandemente á su prematuro fin. Como todo periodista á sueldo, deja en situación muy apurada á su viuda y sus hijos.

El obrero de la pluma es con evidencia el más explotado de todos. Se le dá un sueldo miserable, se abusa de él hasta la crueldad, se le obliga por las exigencias del público á no dormir, agotando su salud y minando su existencia, y con el jornal de un obrero tiene que mantener á los suyos y vestir decorosamente. Ni siquiera tiene el recurso de la blusa y las alpargatas.

Los periódicos de provincias, pobres todos, pues no suelen en ellos enriquecerse, sino sus editores, no pueden ó no quieren retribuir decorosamente los servicios de un escritor, cuya cultura y saber está muy por encima de los del ordenanza de la dirección, que limpia los vasos y lleva los recados y goza muchas veces de mejor sueldo que algunos redactores.

Hay que resignarse á que el máximun del haber de un periodista sean cinco pesetas diarias. Otros muchos tienen el salario de un peón de albañil. Esto es sencillamente inicuo.

En el periódico se paga el papel, la tinta, los tipos, á todo el mundo menos al periodista.

Luis Téllez ha trabajado veinte años, para morir como todos sus compañeros morirán, si

de otra cosa no viven..., sin poder dejar á sus hijos un pedazo de pan.

¡Descanse en paz este querido compañero!

CÉSAR JUARROS

BIBLIOGRAFÍA

D. Pedro Martínez Baselga.—Las penas del hombre.—Patología social. Zaragoza 1903.

Es este un voluminoso libro, escrito en corriente y moliente estilo, donde se intenta estudiar las dolencias sociales de que España encuéntrase atacada. Hay en él enorme cantidad de minuciosas observaciones, de rebuscadas estadísticas.

Pásase revista á todas las profesiones, á todas las clases y condiciones sociales. Análizanse hasta la nimiedad presupuestos y medios de vida; pero en todo aletea un no sé qué de mazorril, de anodino que obliga á cerrar el libro, dejando su lectura para otros tiempos en que la paciencia humana haya alcanzado más alto desarrollo.

Brilla en la obra que nos ocupa una sana intención, un buen propósito, justo y recto; mas los medios puestos en práctica para realizarlo son sobradamente deficientes. Todo el mal efecto que sus páginas causan reside, á mi modo de ver, en la vulgaridad de las conclusiones, reflexiones y generalizaciones con que el señor Martínez Baselga trata de adornar su labor. Véanse como ejemplos las siguientes frases, que evitan y ahorran todo comentario: «El médico no puede curarlo todo. Hay maestros que viven bien, sobre todo en los pueblos que pagan. Los niños nacen llorando y siguen llorando algún tiempo, porque lo necesitan. El fraile es un ser desgraciado (!). Los niños nacen buenos y los hacemos malos. El soldado no tiene un real, pero ama. ¿Qué es la Marina? Un auxiliar del Ejército, que mata desde una posición flotante» (!!).

Fácilmente se comprende que no merecía la

pena el haberse gastado un buen puñado de pesetas en imprimir un volumen grande y pesado para decir tales cosas, copiándose de paso la Ley Municipal, la Ley Orgánica Provincial y la Constitución del año 1869, aun siendo para instruir y deleitar, como se propone el señor Baselga.

Que la nación española y con ella los españoles hallanse en el más lastimoso de los estados, es verdad de todos sabida y por todos comprobada; mas lo que no se percibe tan claramente es la necesidad de escribir cuartillas y más cuartillas con el fin de amargarnos la existencia, haciéndonos saborear el triste y lamentable espectáculo de nuestras penas y desdichas, para luego no obtener ni una sola deducción útilmente aprovechable. Vayan como pruebas de mi aserto las conclusiones insertas al final del tomo de Patología social:

«1.^a Que somos todos muy desgraciados (?).

2.^a Que nuestras desdichas son curables y que progresamos.

3.^a Que todos podemos mejorar nuestra condición, sin que sea á costa del *exterminio* de nuestros semejantes.

4.^a Que se avecinan sucesos muy sangrientos para nuestra patria y para nuestros hijos y debemos evitarlos.»

Lo que calla D. Pedro Martínez Baselga es cómo hemos de arreglarnos para mejorar y los procedimientos oportunos para evitar los sangrientos sucesos que de tan galana y altiva manera predice y pronostica.

Es de esperar de las buenas condiciones de observador y sistematizador que parece poseer el autor de «Las penas del hombre», aumentadas con su última publicación, obras de mayor solidez y trascendencia, en las que no se hallen fragmentos tan *sui generis* como el siguiente:

«...Y cuando se dá alguna voz contra el ejército, un caballero particular que hay detrás del soldado, y que es padre de este, (?) le pega dos tortas al revoltoso, de lo que se deduce (!!!!) que el Ejército está muy bien cuidado por los suyos.»

A pesar de tales cosas, es este un libro que debe leerse por varias razones: 1.^a por repasar las leyes Municipal y Provincial y la Constitución del año 1869; 2.^a por tener algunos pasajes verdaderamente curiosos é interesantes, y 3.^a por el gran caudal de observaciones que en sí lleva, suficientes para poder orientarse en el estudio de las causas de nuestro malestar económico actual.

Auguste Marguillier. - Albert Dürer. *Leur vie, Leur œuvre.*—Paris.—Laurens, Editeur.

Durero es uno de los artistas más inmensos que el mundo ha logrado poseer. De imaginación poderosa y triunfadora, supo revestirla de tan hábil manera, que su fantasía logró ser confundida con la realidad.

Pensando que el Arte reside en la Naturaleza, se dedicó á su estudio en alma y vida, con una sinceridad y un respeto tan prodigiosos como poco comunes. Era de una fecundidad sorprendente, inagotable, no sentía jamás el cansancio y en su alma nunca habitó esa amargura íntima, desgarradora, que dejan los momentos de impotencia cerebral. Sus grabados en madera no han sido aún superados. Vive en ello una misteriosa fuerza creadora, llena de encantos que atraen y seducen, deteniendo largas horas la loca marcha del pensar.

«Los cuatro caballeros», «El descanso de la Sagrada Familia en Egipto», «La liebre» y su «Adán y Eva», son tan portentosamente admirables como pocas obras en el mundo. Pero donde todo el genio de Durero llega á su plenitud, es en el grabado sobre cobre titulado «La melancolía». Sobre todo él flota un aire de extraño misterio que atrae y subyuga. Aquella mujer con las alas de ángel, que sentada medita entre una heterogénea confusión de instrumentos y símbolos científicos, lleva en su frente de angusta y plácida serenidad, surcada por hondas y graves arrugas, ese sello indeleble que á los espíritus imponen los duros combates del estudio austero y profundo de las ciencias.

Marguillier, erudito concienzudo y escelen-

te literato, ha sabido seguir paso á paso, con sobrio color, toda la vida de Durero; poniendo hábilmente de relieve su figura, analizando cuidadosa, honradamente sus teorías estéticas, estudiando sus más preciadas producciones. Es un buen resumen que debe leerse, porque es ameno, y deleitando contribuye á agrandar el culto hacia el autor de «La Pasión verde», deshaciendo errores y aclarando conceptos.

Avaloran la edición 24 reproducciones de las obras más interesantes de Durero, permitiendo esto que el estudio y la evocación subsiguiente puedan hacerse fácilmente. Claro es que siempre, por muy bien hecha que esté una fotografía, no basta para satisfacer las ansias contemplativas de cualquier espíritu enamorado de la Belleza; mas en este caso particular, en que muchas de las reproducciones sólo de dibujos, la visión de realidad es mucho más intensa que si se tratase de cuadros en los que el color fuese uno de los más preciados sostenes de su valer. Algunos trabajos están primorosamente en el libro de Marguillier. Entre ellos merece citarse el conocido «Un viejo dé Amvers», del cual se conservan todos los detalles en el cliché Hanfstaengl, utilizado para el fotograbado.

Es este por tanto un libro que todo hombre culto debe comprar, pues ahorrándole una porción de consultas y áridas compulsaciones, le permitirá formar clara idea de ese gran genio, casi enciclopédico, que con su nombre llena la historia de toda una época.

ENRIQUE MUÑOZ

TEATROS

PRINCIPAL

El sábado 8 del corriente debutó la compañía dramática de Carmen Cobeña. La obra elegida fué *La de San Quintín*, del eminente Galdós.

Nosotros nos creemos relevados de hablar hoy sobre esta tan celebrada obra; en primer lugar, por lo conocida, y en segundo, porque

hemos de dedicar brevemente varios artículos al teatro galdosiano.

La total producción dramática de Pérez Galdós es un consolador ejemplo de lo que puede la voluntad al servicio de una idea. A las primeras obras escénicas del eminente escritor acaso les faltaba algún requisito para ser completas, tal vez el público no encontraba en ellas lo que otros autores le concedían: aquellas obras, como hechas por un no profesional, eran sinceras, ingénuas, pujantes, con el salvaje vigor de un temperamento netamente *artístico*... Aquellas obras eran antes *género literario* que *espectáculo*... Pero Galdós, precisamente por esto, no vencía del público que hace los éxitos—de la generalidad del público que circunde el nombre del autor popular con un caluroso nimbo de simpatía,—y queriendo ser aclamado de todos, dió á la escena *Electra*, y fué entonces aclamado tan sólo por un partido... Acaso el Sr. Pérez Galdós no se haya consolado aún de que por circunstancias del momento, su obra, escrita para ser paladeada por temperamentos cultos y estudiada por espíritus serenos, fuera devorada por la muchedumbre con hambres de justicia en medio de una explosión de odios...

Pero el escritor eminente se detuvo á tiempo, y otras obras posteriores borrarón la estela de inquietudes que en el lago de la vida nacional había dejado *Electra*. A esta obra siguió otra de escuela política más que de secta, y el Sr. Galdós no venció ya ni tan solamente de un partido... Y en un esfuerzo potente de su privilegiada voluntad, con una visión clara, un atisbo certero y feliz de lo que se quiere que en la actualidad sea el teatro, hizo el Sr. Galdós *El abuelo*, venciendo, tal vez definitivamente, de la crítica y del público, viendo por fin su nombre celebrado sin reservas y oreada su frente por las cálidas auras de la admiración popular, aquietada y muda ante una obra exclusivamente artística... Pero á nosotros, reconociendo el mérito de esta última manera de Galdós, nos gusta más su primer teatro, y de él acaso *La de San Quintín*, elegida por la compañía de la señora Cobeña para su debut en el teatro Principal.

Esta obra obtuvo una buena interpretación por parte de la Sra. Cobeña; mediana por la del Sr. Calvo; discreta, tan sólo, en los demás artistas.

Lamentable es, en realidad, la tendencia de todos los directores de compañía á rodearse de artistas de escaso mérito. El conjunto de las obras resulta, por esta causa, frío, sin relieve, y aparece como dispuesto á que luzca esplendoroso un astro, hombre ó mujer, á costa de los demás compañeros y á costa, esto es indudable, de la misma obra que se representa. Acaso este defecto no sea achacable sólo á los directores, sino que con ellos comparta la culpa la vanidosa soberbia de los artistas, que en cuanto han oído cuatro palmadas forman compañía nueva. La que actúa en el Principal se resiente de esta falta.

La Sra. Cobeña es actriz merecedora de los aplausos del público. Dotada de exquisito temperamento artístico, encuentra en su alma matices muy variados, y en sus notorias facultades muy adecuados medios para exteriorizarlos. En *La de San Quintín* tuvo momentos felices, llegando en alguno de ellos á una adecuación entre la frase, el gesto y el ademán, tan completa y notoria, que sólo es propia de los buenos artistas como es la Sra. Cobeña.

Algo, sin embargo, pudiera reprocharse en su trabajo. Su evidente afán de hacer una interpretación personal, su deseo de imprimir al papel un carácter exclusivamente privativo, algo como la huella de su espíritu, la lleva, en algunos momentos, á falsear el tipo, á no dar el valor preciso á la dicción y á las pausas...

Del Sr. Calvo, bien pudiera ser que lo que le dijéramos no fuera justo...; por eso esperamos verle en otras obras. A nosotros nos pareció su trabajo, un trabajo pálido; él, un artista que tal vez no llega á desentrañar el alma de los personajes; su dicción, algún tanto ampulosa, anticuada...

La escuela de declamación del Sr. Calvo es la escuela romántica. El género dramático actual la rechaza, y con ella el «latiguillo»... Por otra parte, el Sr. Calvo no mide bien el tiempo, y en muchos finales las frases salen

de su garganta obscuras, confusas... El efecto no puede ser peor.

Pero el Sr. Calvo es muy joven y tiene otras condiciones muy recomendables que indudablemente le llevarán á un buen puesto en la escena si corrige aquellos pequeños defectos. Nosotros esperamos verle en otras obras y confiamos que él nos presentará ocasiones de que le podamos dedicar calurosos elogios.

Del resto de la compañía, excepto del señor Villagómez, no es necesario que hablemos... ¿Para qué, si ya hemos hablado de las primeras figuras?

* * *

El martes se estrenó el drama de Echegaray *La Desequilibrada*, y el miércoles *El Abolengo*, de Linares-Rivas Astray. En atención á que esta crónica resultaría demasiado extensa, dejamos para el próximo número hablar de ambas obras.

RUZAFA

Después de *La última copla* vino *Congreso feminista* y luego *La cuna*: tres estrenos... á medias y tres fracasos... casi por completo. ¿Cómo siendo obras tan malas gustaron en parte? Son muy dignas de apuntar las causas de esta aparente contradicción.

Agotado el filón de la chulería viviente y moliente y hastiado el público de un teatro que conocía de sobra, pensaron los autores del género chico en buscar nueva cantera de donde sacar tipos y caracteres, y encontrándola al fin en la pánfila sensiblería del público, surgió el melodrama en un acto. El remedio fué peor que la enfermedad. En el sainete, mal que bien (casi siempre mal), los autores llevaban á escena tipos del natural; intentaban retratar un aspecto de la vida y alguna vez consiguieron que los personajes que trasplantaban al teatro tuvieran sangre, nervios y fibra. Todo esto desapareció con el melodrama en un acto. Espigaron los autores con sus vastos talentos el campo exclusivamente sentimental y emotivo; la obra quedó reducida á una habil operación mecánica, y en la mayoría

de aquellas, al moverse los personajes en escena dejaban oír el ruido de las poleas y el roce de las cuerdas necesarias para darles vida aparente.

El público, sin embargo, gustó de esta innovación, acaso porque el público solo siente, tal vez por el contraste que se le ofrecía... Pero, indudablemente, este último género es peor que el primero. Desde luego es más efectista y consiguientemente menos real y humano, menos artístico. Con este género vamos á un teatro exótico. Acaso en nuestra literatura dramática, tan abundante y copiosa, que desde los Autos sacramentales á la Celestina todo cupo en sus moldes, no presente más allá de tres ó cuatro ejemplos de este nuevo teatro, que gusta á nuestro público solamente porque le hace derramar lágrimas... y he aquí cómo siendo malas no fueron silbadas *La última copla* y *La cuna*.

El cartel del teatro de Ruzafa envejecía ya, pero vino á tiempo *Los pícaros celos*, obra que ha sido hasta ahora el único éxito.

El pensamiento de la zarzuela de los señores Fernández Shaw y Arniches no es original, y esto lo sabe cualquiera que haya saludado el teatro inglés. La originalidad en arte es condición muy relativa, tanto, que pensamos que sólo consiste en la *manera*, en la especial y propia visión de un asunto á través del temperamento del autor, en la huella de su alma que vá dejando al laborar sobre uná idea... Pero si esto no es defecto, tiene, por otra parte, la obra condiciones muy recomendables, presenta motivos de merecido elogio.

En *Los pícaros celos* hay elementos estéticos y pasionales bastantes para producir una obra teatral bella y buena. En ella resplandece una acabada pintura de caracteres—escepto uno,—una gran naturalidad en la acción, y sobre todo, una gran realidad é intensidad de vida.

Escenas tiene en que la influencia del *Otello* se destaca vigorosa, pero aún en éstas, los autores han sabido resumir en parlamentos muy felices el sentir del pueblo é imprimirlas un sello personalísimo y real. La obra, por inspirada donde está, no podía ser más que muy

humana. El mérito de los autores ha consistido en presentar ese humanismo y esa realidad en forma bella y teatral.

El cuadro primero es inmejorable, el segundo muy bueno. Se inicia y desarrolla la trama con un acierto que acredita la marca de fábrica. La reconocida habilidad escénica de Arniches ha sido esmaltada con detalles de alta comedia, muy humanos y muy artísticos, por la vigorosa y delicada musa lírica de Fernández Shaw.

Sin embargo de esto, como los Sres. Fernández Shaw y Arniches son escritores experimentados y muy conocedores del público, le han hecho ciertas concesiones, en nuestro sentir innecesarias para su triunfo. De este orden son ciertos reparos (dos sobre todo) que nosotros opondríamos á su obra, pero la insignificancia de estas faltas y la evidente bondad, en general, de la nueva zarzuela nos ponen á cubierto de toda sospecha de parcialidad.

Para terminar diremos que la obra fué puesta y ensayada muy concienzudamente por el director de la compañía Sr. Talavera, y que interpretaron con acierto los principales papeles la Sra. Cháfer y los Sres. Talavera, Capsir y González.

Punto aparte merece el Sr. Hidalgo, encargado del tipo más difícil de la obra. Los matices de su papel, desde la confiada credulidad hasta los arrebatos de la ciega ira; la punzante duda con sus sospechas que inquietan y la viva alegría que sonríe á una vida de amor encauzada de nuevo, todos estos sentimientos encontraron en el Sr. Hidalgo el fiel intérprete que requería la obra.

GLOSAS Á LA VIDA.

El eminente poeta Salvador Rueda nos ha prometido colaborar asiduamente en la REVISTA DE LEVANTE.

Escusamos decir lo intensamente agradecidos que estamos al notabilísimo escritor y lo que el público en general ha de estimar los trabajos de Rueda, que es hoy sin disputa el primer poeta de España.

* * *

El discurso de apertura del curso académico estuvo encargado al Dr. Moliner, quien demostró una vez más lo que todos ya sabíamos, es decir, que en España la enseñanza anda por los suelos y que no hay medios adecuados para conseguir que sea fructífera.

Dice el notable profesor que la deficiencia existe en los medios materiales de enseñar (sobre todo Clínica) en la facultad de Medicina.

Tiene razón que le sobra el Dr. Moliner; la patología interna, ciencia que él profesa, ha experimentado tales adelantos en estos últimos veinte años, que hoy se requieren muchos instrumentos, mucho material de diagnóstico experimental, de que se carece, y que antes no hacía falta. Acusa también otras muchas deficiencias, pero á nuestro juicio no habla de la principal.

Y la principal es la siguiente:

Dedicar *una sola hora* diaria á la Clínica, en un curso raquítico y constantemente interrumpido por las dulces vacaciones, que tan del agrado son de los alumnos y... de los catedráticos.

Si los cursos de Clínica fueran solares, sin descanso, ni dominical, ni festivo, como deben ser, y si todos los alumnos fueran internos sin sueldo, haciendo sus guardias cada ocho ó diez días á lo menos, se sabría algo más Medicina.

Y en lo de la Clínica, dos cursos es poco. Debían ser tres y solares por supuesto.

Entonces no se daría el caso de que los alumnos de ciertos profesores salieran á la calle hechos unos licenciados y sin saber una palabra.

* *

Los alumnos de la Academia de Ingenieros Militares han invitado á un baile á los generales, jefes y oficiales que toman parte en las maniobras.

Pregunto: ¿No sería más lógico que esos generales, jefes y oficiales hubieran invitado á los alumnos á las maniobras?

* *

El haz bien y no mires á quién es un torpe consejo, porque no se debe favorecer ni á los necios ni á los ingratos. El bien que se otorga á quien es incapaz de aprovecharlo ni de agradecerlo es un robo que se hace á toda la humanidad.

IMPORTANTE

En la sección bibliográfica de esta Revista daremos cuenta detallada de todas aquellas obras de las cuales nos sean remitidos **dos ejemplares** por sus autores ó editores.

De las que recibamos **un ejemplar** haremos mención con nota de su precio y condiciones.

ADVERTENCIAS

No se devuelven los originales y sólo se publicarán los que á juicio de la Redacción lo merezcan.

Rogamos á los escritores de la región levantina, cualquiera que sea su residencia, nos envíen nota detallada de sus obras, precio y puntos de venta para ser anunciadas.

Precios de suscripción

Semestre.	2'50 ptas.
Trimestre.	1'25 »
Número suelto.	0'20 »

REVISTA DE LEVANTE se publica los días 1.º y 15 de cada mes y constará de 32 páginas con elegantes cubiertas en color.

Toda la correspondencia al Redactor-Jefe

Redacción y Administración: calle de Colón, 31, bajo.—Valencia.

Valencia.—Imp. de J. Guix, Miñana, 7 y 9.